

REVISTA

NADIE

COLOMBIAVIRUS

EXPRESIONES EN TIEMPOS DE PANDEMIA

COLABORADORES DE ESTA EDICIÓN:

Escritos

El Derecho a No Obedecer
Steve Odrig
Ritornelo
Ácido Gástrico
Mauricio Bermúdez
Karim Ganem Maloof
Gregory P. Vargas
Narradora Rústica
Evaristo B.
Elías Fernando Rusinque
Escolia
Échele Cabeza
J. Samir Rivera R.
Manolo W. Culmier
Contador de Historias
Antonio Caro

Arte visual

Jhonathan Stephen*
Titania
Marginales Ánimas
Lamper.TheProject
Germán Alberto Sánchez
PUL
Hegemonío
@alexasinomas
Un Girasol Espacial
ART.BEHIND.THE.MASK
Ivonne Cárdenas
Paula Rivas
Paola Lizarazo
Cuto
Stephanie Barbosa
Ntweak
Sako Asko
JHC
Necio
Jeimi Villamizar
Marilyn Galavis Ángel
Capital Kid
Neider Gomez
Le.febbre
Ratoncio
Bogotart
Don Perro
Agonía
Classico
Toxicómano
@espejo.ai
FOTOSGRAFOS
@alejocalderon
Vegaleiva
Antonio Caro

*Fotografías de la portada y contraportada.

Apoyo gráfico: Soul C.
Karen Gómez
@jeffersongabrielhernandez

Las opiniones que presentan los escritores y artistas sí representan a la Revista Nadie, porque todos somos Nadie.

NADIE
COLECTIVO

@Colectivxnadie
@colectivonadie

ÍNDICE

5 CONTRAEDITORIAL

7 TITANIA (Ilustración)

8 QUERIDXS AMIGUITXS: en este mundo ¡todo está bajo control! ¿Todo? ¡No! / Derecho a No obedecer

8 MARGINALES ÁNIMAS (Fotografía)

9 LAMPER.THEPROJECT (Fotografía)

10 GERMÁN ALBERTO SÁNCHEZ (Fotografía)

11 A PROPÓSITO DE PANDEMIAS / *Anónimo*

11 PUL (Ilustración)

15 HEGEMONÍO (Ilustración)

16 AICNETSISER / *Steve Odrig*

17 @ALEXASINOMAS (Fotografía)

18 UN GIRASOL ESPACIAL (Ilustración)

19 ART.BEHINDE.THE.MASK (Fotografía)

19 MÁSCARAS Y CAPUCHAS: entre el anonimato y la formación del colectivo/*Ritornelo*

20 IVONNE CÁRDENAS (Pintura)

22 PAULA RIVAS (Ilustración)

23 PAOLA LIZARAZO (Fotografía)

24 SOMOS / *Ácido Gástrico*

27 CUTO (Ilustración)

28 STEPHANIE BARBOSA (Ilustración)

28 NTWEAK (Ilustración)

29 SAKO ASKO (Ilustración)

29 DESAYUNO SIN MURCIÉLAGO / *Mauricio Bermúdez*

32 JHC (Ilustración)

33 NECIO (Ilustración)

33 UNCLE KENTAKI / *Karim Ganem Maloof*

37 JEIMI VILLAMIZAR (Fotografía)

38 MARILYN GALAVIS ÁNGEL (Dibujo en acuarela)
38 DEL COVID-19 O DE UNA PLAGA A OTRA PLAGA / *Gregory P. Vargas*
42 CAPITAL KID (Ilustración)
43 NECIO (Ilustración)
44 FURIA Y PASIÓN/ *Narradora Rústica*
45 NEIDER GOMEZ (Ilustración)
46 LE.FEBBRE (Fotografía)
47 RATONCIO (Ilustración)
47 DE UN MURCIÉLAGO A OTRAS PLAGAS / *Evaristo B*.
48 BOGOTART (Ilustración)
49 DON PERRO (Ilustración)
50 ¡CANTAN! / *Elías Fernando Rusinque*
54 AGONÍA (Ilustración)
55 PAULA RIVAS (Ilustración)
55 LA LÓGICA DEL TURISTA CONFI(N)ADO / *Escolia*
57 BOGOTART (Ilustración)
58 CLASSICO (Ilustración)
59 CONSUMO DE SUSTANCIAS PSICOACTIVAS EN CUARENTENA/ *Échele cabeza*
60 TOXICÓMANO (Ilustración)
61 EN COLOMBIA CURAN EL CORONAVIRUS / J. *Samir Rivera R.*
61 JEIMI VILLAMIZAR (Fotografía)
63 @ESPEJO.AI (Ilustración)
64 CUANDO VENGA LA MUERTE/ *Manolo W. Culmier*
65 FOTOSGRAFOS (Ilustración)
66 @ALEJOCALDERON (Fotografía)
66 UNA MIRADA A LA ESPERANZA/ *Contador de Historias*
67 VEGALEIVA (Ilustración)
68 ANTONIO CARO (Ilustración)
69-70 JEIMI VILLAMIZAR (Fotografías)
66 UNA CARTA DE CARO A NADIE/ *Contador de Historias*
67 POLOMBIA [Intervención de una obra de Antonio Caro]

CONTRAEDITORIAL

[¿Qué esperaban de una revista contracultural?]

La indignación ha sido siempre una fuerza movilizadora. Protestar, rayar un muro o simplemente tener un mediocre desempeño en el trabajo pueden ser sus manifestaciones. Son las formas las que difieren. A algunos parecerá más adecuado marchar por un andén; para otros la violencia será la mejor opción.

La cuestión de las formas, sin embargo, no es secundaria. En la forma se suscribe la potencia del contenido. Por este motivo nos asumimos como contracultura, pues las formas de la tradición y el "buen decir" nos parecen insuficientes. Además, creemos que solo las expresiones artísticas pueden dar cabida a nuestra desbordada indignación. Sin embargo, en tiempos de la omnímoda mercancía, no podemos asumir cualquier manifestación: solo aquella que pueda causar indigestión. Porque la contracultura será indócil o no será. Y aquel que considere que puede estandarizarla, meterla en un estante y ofrecerla para consumo, que recuerde que siempre habrá algo que no cabe allí: nuestro inconformismo.

El inconformismo con lo establecido, con las buenas maneras y la gente "bien" es lo que llamamos contracultura. Pero olvidemos ya esta triste definición, porque definir es limitar; y si hay algo que hace la contracultura es transgredir los límites. Así, ante la comodidad que pueda producir la "contracultura" encerrada en las cuatro paredes del burgués digeridor, queremos ser el incómodo simio que le recuerda la falsedad de sus rituales de digestión.

Nuestra primera manifestación es asumirnos anónimos. Los nadie, los hijos de nadie, los dueños de nada —como decía Galeano—. No buscamos un espacio en sus cómodas bibliotecas ni nos emociona el reconocimiento oficial. Queremos ser intragables, pero poéticos. Que se jodan las manifestaciones de cortesía con las que pretenden estandarizar lo bello. Aunque no guste, nuestro escupitajo a sus buenas formas también es poético. Sin embargo, no negamos lo peligroso de asumirnos como tal, pues la contracultura es atractiva para esta sociedad de tragadores de contenidos. Es un plato fuerte, picante y sazonado, y vende. Pero, como todo aquello que consume el centro en su esquizofrénica glotonería, la contracultura de estante no es más que un cascaron vacío. Así pues, sin negar el peligro de transitar por lo contracultural, solo nos queda jurar que mandaremos todo a la mierda cuando nuestro contenido no sea corrosivo ni conmueva a nadie en su íntima humanidad.

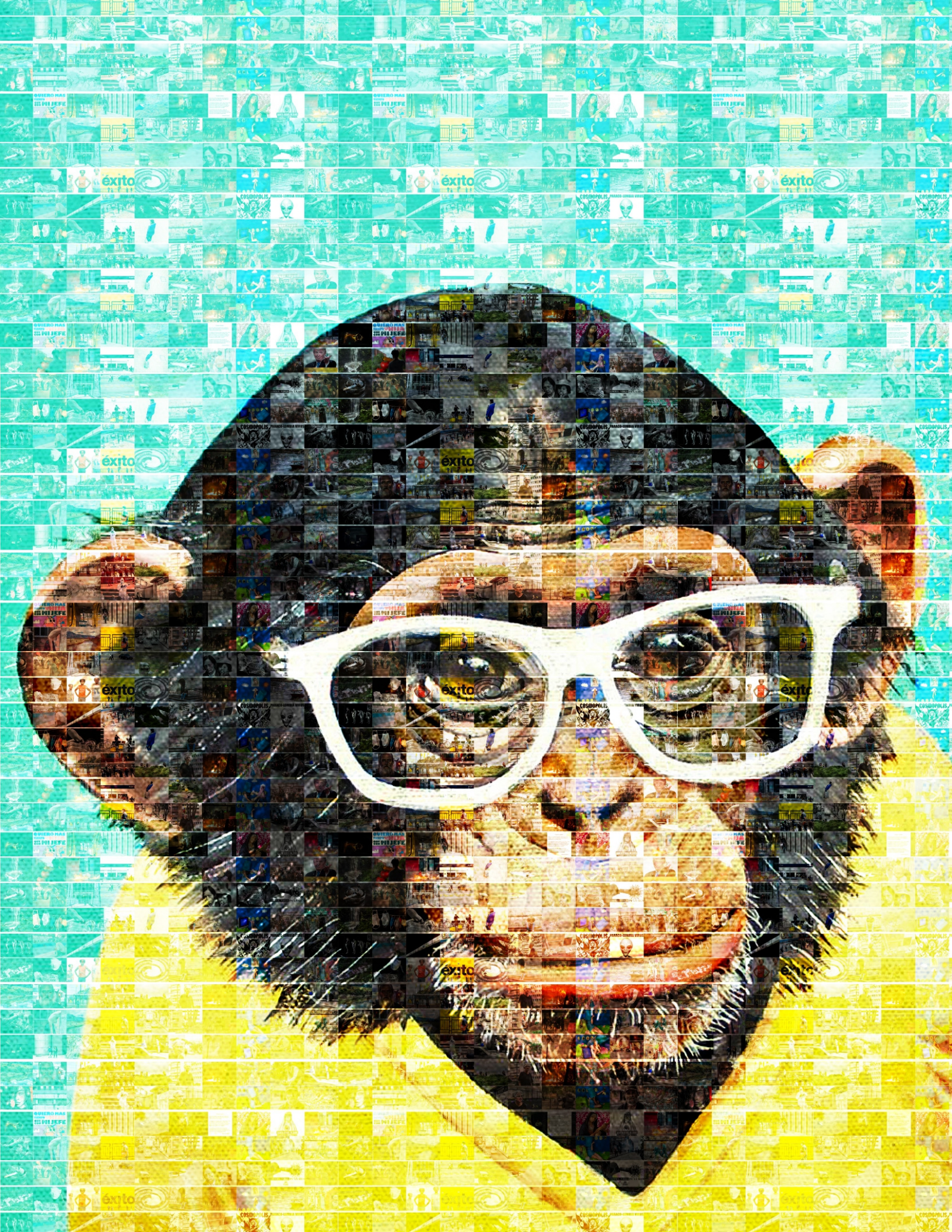

éxito
COSMOPOLIS
QUIERO MAS
MI JEFE

Ilustración por *Titania*



Queridxs Amiguitxs:

en este mundo ¡todo está bajo control!



Fotografía por *Marginales Ánimas*

¿Todo? ¡No!

Por *El Derecho a No Obedecer*

Ahora más que nunca hemos de ejercer nuestro *Derecho a No Obedecer*, para no caer en el *deber* de hacerlo y todas las contradicciones que eso significa. Ni los dioses, con todos sus templos e iglesias clausuradas; ni la ciencia, cansada de apagar incendios y temerosa de iniciar una dictadura que usurpe el lugar a aquellos que la callan y le roban el dinero para gastarla en armas, sexo y consciencias; ni nuestros padres, tan despavoridos como siempre pero tan desubicados como nunca; ni los teatros, ni el fútbol, ni los conciertos desde casa nos pueden guiar. Tal vez no queda sino refugiarnos en esa andanada de la nada, volviendo a ese miedo primigenio que nos hizo andar y llegar hasta el ahora, pero que nunca nos abandona, y que se intenta acallar con tanta bulla y civilización... Volver a esa total incertidumbre, en la que la

única certeza es lo frágil de nuestra existencia, en que lo que más nos afecta, sin darnos cuenta, es lo que no podemos ni ver.

Tal vez, solo por aumentarle el riesgo, sea divertido. Y, hasta por hacerle la contra al capricho del mundo, no solo no separarnos de ese otro peligro que de algo nos contagiará, sino buscarlo ahora mismo cuando más lo deseamos, pero menos lo soportamos.

Seguramente, por buscar algo de inspiración y compartirla con quienes (no) necesitan mercados, trabajo, techo o un abrazo, nos proclamamos más que nunca en estado constante de *No Obediencia*. De luchar y bailar por lograr el inalcanzable estado en el que no haya necesidad alguna de gobernar, ni de atracar, ni de mendigar o lisonjear, por aquellos hermosos ideales que no son sino los principios de la escuela liberal llevados a la exageración; por aquel maestro de escuela que en tantos personajes nos enseñó a matarlo y a desenterrarlo una y otras cuantas infinitesimales veces.

Por eso y otras cuantas virulentas razones es que seguimos reivindicando la importancia de vivir *a la enemiga*. Y entender que el hambre, la enfermedad, la muerte y el abandono son de todos, para que algún día sean de *nadie*. Y proclamar que el verdadero encierro está bajo nuestra piel, hacinados en este sistema en el que somos libres para hacer cualquiera cosa –menos, salirnos de él-; que nosotros somos el templo del verdadero Dios que nos corresponde profanar, o aquella consciencia que no se deja comprar; que, en el dilema entre salvar la economía o nuestras vidas, nunca sabremos cuál de ellas nos condena más.

Mientras tanto, aprovechemos la suspensión de la normalidad para seguir pensándonos mundos posibles. Diferentes al que nos ha mostrado, con toda impasibilidad e impunidad, esta inhumanidad que necesita ser profundamente transformada.



Fotografía por *Lamper.TheProject*

Fotografía por *Germán Alberto Sánchez*



A propósito de *pandemias*

Anónimo

Una de las pandemias más destructivas y lascivas en el mundo actual es el consumismo. Este ha matado y ha destruido muchas más vidas que cualquier otro virus. Las compras excesivas eliminan la equidad y el reconocimiento de sí mismo y del otro como sujetos autosuficientes. Al consumir se cae en el juego de las falsas necesidades que eliminan nuestra capacidad de ser autónomos, volviendo a los individuos cada vez más dependientes del sistema basado en el consumo excesivo.

Muerte, hambre y desigualdad ha traído consigo el consumismo, siendo este, como se ha dicho, mucho más letal y destructivo que el mismo coronavirus. De hecho, este no ha matado más gente que el dengue o el ébola, o incluso las cifras mundiales de muertes por el sida, hablando en términos de porcentajes. Pero al observar la situación mundial se puede ver que la realidad social tiene un nuevo elemento de sometimiento que pretende cambiar la perspectiva del funcionamiento de la sociedad —basada en la desigualdad y en el desconocimiento del otro— por la de un enemigo invisible y relativamente nuevo como lo es este virus circundante. Este se ha vendido como una enfermedad letal que puede llegar a destruir el sistema económico y social, aunque, en realidad, este virus es uno de los tantos elementos biológicos que nos condicionan como seres humanos, y al cual somos vulnerables como lo somos también a los terremotos

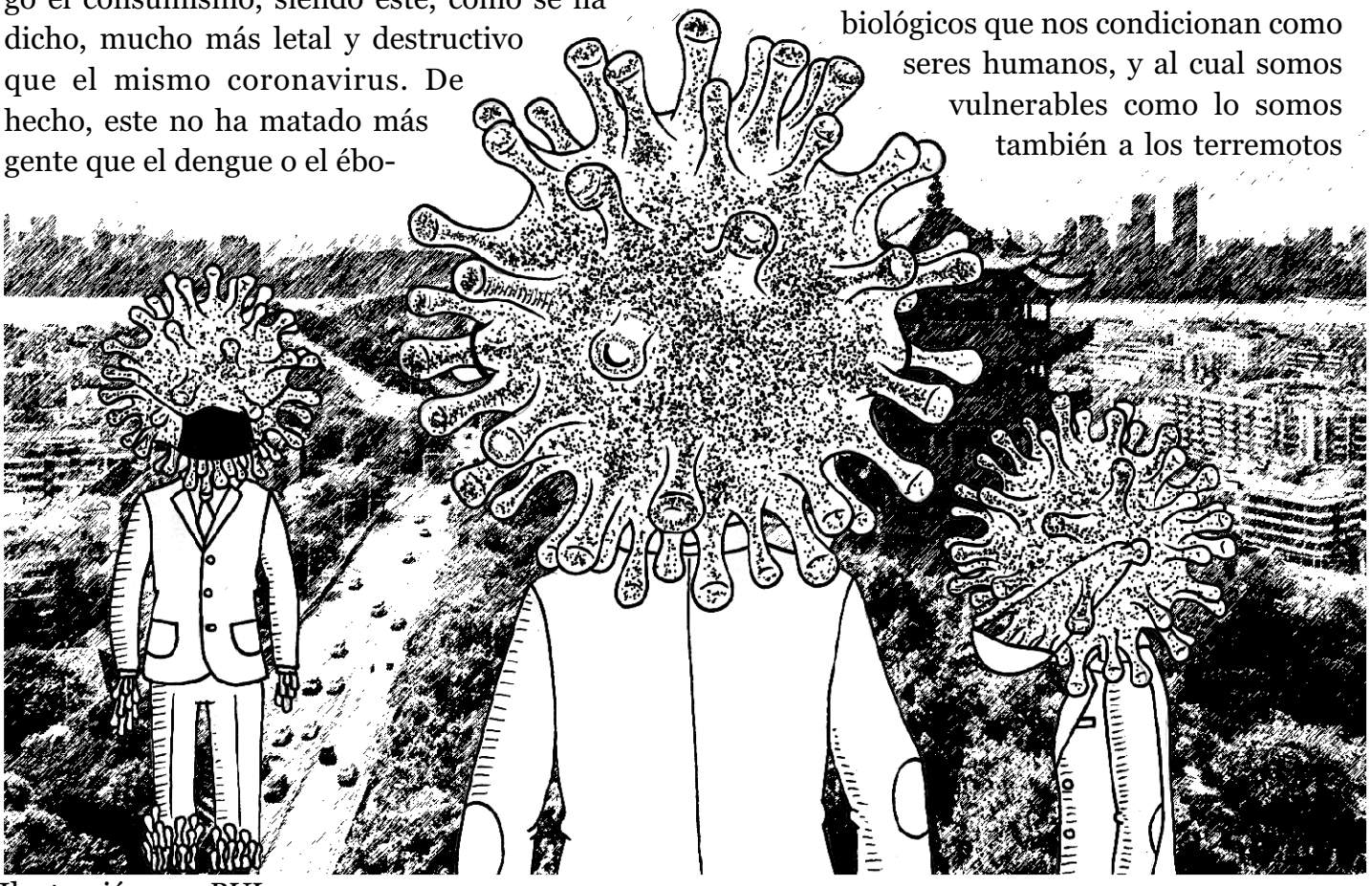


Ilustración por *PUL*

o inundaciones.

La estrategia de vender el virus de esa manera funciona porque genera pánico dentro de la sociedad consumista (entre otras cosas porque es hacía ella que va dirigida esta estrategia). La población que no está sometida al sistema financiero y consumista no importa: al no ser ellos elementos que aporten a la consolidación de este sistema, automáticamente quedan reducidos a números, eliminando su condición de seres humanos y transformándolos en población que no merece ninguna atención. Población en la que evidentemente caerá la mayor afectación por este virus: aquellos, los olvidados, los Nadie, los sin nombre, serán reducidos a estadísticas de mortandad que engrosarán las listas de los países, y nada más.

En cambio, para aquellos que de una u otra manera aporten al sistema el pánico será generalizado. El poder del sistema caerá sobre sus cabezas con tal fuerza que será imposible no verse en una encrucijada. Aquellos con algún poder adquisitivo serán más afectados por la dependencia en la cual ellos mismos han caído. La barbarie económica, social y política a la cual el sistema capitalista los ha sometido (bajo el pretexto del resplandeciente reflejo del desarrollo tecnológico) los avasallará con absoluta contundencia. Perderán sus empleos, se encontrarán un sistema de salud eficiente y tendrán problemas abasteciéndose.

> **“Aquellos con algún poder adquisitivo serán más afectados por la dependencia en la cual ellos mismos han caído”**

El mínimo poder adquisitivo que tienen no servirá para nada en este mundo desigual y forjado con mentiras y falsas ilusiones. Para ellos la crisis no será orquestada por el virus sino por el sistema al cual ellos mismos han dado soporte con su vida. Los bancos los devorarán sin piedad; las deudas y compromisos adquiridos los irán enfermando y el desespero será cada vez más generalizado hasta el punto de que la crisis será insostenible.

Ahora, ¿Qué pasará cuando la realidad de esta monotonía, la cual se creía fundamental, comience ante nosotros a tomar una nueva forma? ¿Cómo reaccionaremos? Es fundamental hacernos esas preguntas ya que este nuevo panorama no solo implica el ataque a la manera como se había estado sobreviviendo, sino que pone al descubierto el enemigo que parecía invisible: el consumismo.

Este nuevo elemento de sometimiento no estaba en los planes de los Nadie. Sin embargo, nos enfrenta a mansalva obligándonos a sobrellevarlo con lo que se pueda. La situación no es fácil, ni lo ha sido antes ni lo será ahora; más bien ella nos presenta la oportunidad de cambiar el mismo modelo social de acumulación y de producción extralimitada y de presentar un problema moral que parecía haber quedado en el olvido sobre la forma en que la toma de decisiones afecta nuestra sobrevivencia en este mundo globalizado.

El COVID-19 condicionó, en primer lugar, una forma de vida acelerada y llena de necesidades comerciales que han tenido que ser contenidas obligatoriamente por el confinamiento. Esto quiere decir que aquellos con poder adquisitivo se resguardan en sus casas y suspenden momentáneamente esa “necesidad” de consumir y adquirir todo lo que el mercado provee. El confinamiento obligó a suspender toda actividad comercial no vital. Esto supone una realidad que emerge alrededor del virus circundante, a la vez que claramente manifiesta uno de los paros sistemáticos más significativos de los últimos tiempos, porque afecta directamente al

sujeto común, al brazo trabajador y sobre todo al concepto de bienestar que el mundo comercial elaboró para su consumo. Concepto que no abarca de ninguna manera todo el andamiaje social del resto del mundo. Más bien esta forma de ver la vida humana como una vida en la cual el objetivo debe ser acumular cosas es lo que ha mantenido a raya cualquier tipo de posibilidad de una estabilidad social real. Posibilidad en la que todos los habitantes del mundo puedan cubrir sus necesidades sin tener que depender de todos estos factores económicos basados en la rentabilidad.

En segundo lugar, el parón comercial de producción y de consumo evidencia que el concepto de bienestar ha sido tergiversado por el sistema económico capitalista. Este planteó el cambio radical de las prioridades sociales y personales, pasando de la búsqueda por solventar las necesidades biológicas y básicas para la sobrevivencia a la acumulación de elementos de todo tipo. Cambiando así el sentido de este concepto, adaptándolo a la de un pensamiento colectivo que se rige a partir de la necesidad de consumo desbordado. Esto supone indudablemente que la visión general de la sociedad de consumo sea desarrollada continuamente alrededor de la producción en masa como sinónimo de bienestar. Así, el sistema capitalista valida el desenfreno colectivo de grandes masas que le aportan con hambre de consumo y lo consolidan más.

Las posibilidades de un mundo más desigual avalan a los dueños de la economía y posibilitan el desplazamiento cada vez mayor de comunidades que no pueden ser enmarcadas en este tipo de proyecto de vida capitalista. Por consiguiente, se hacen innecesarias, se invisibilizan y censuran como si ellas no fueran parte del mundo. Esta parte de la población tiene que hacer frente a todos estos atropellos, y, sin embargo, lo resisten.

En tercer lugar, esta resistencia es posible porque, a diferencia de esta visión consumista, la vida humana de ninguna manera necesita de esta excesiva oferta de mercancías para sobrevivir. El ser humano debe cumplir con sus necesidades básicas. Con ellas satisfechas, la visión del mundo es totalmente distinta para estos sectores de la población. Para ellos no existe banca, no existen prestamos, no existe centro comercial al que ir o elementos de confort que necesitar: todo esto se anula, ya que lo que se busca es principalmente lo necesario. Esto debería ser la bandera real de una sociedad civilizada y realmente comprometida con el desarrollo humano y con la estabilidad biológica.

Esta resistencia de los que no entran en el sistema económico, de los *Nadie,* se ve realmente amenazada por el virus circundante; atentando contra el bienestar real y las necesidades básicas a las cuales este sector no capitalista de la población del mundo se acoge. Esta población no tiene cómo hacerse con elementos que puedan ayudar a mantener a raya este virus. Es precisamente en este punto, el de la imposibilidad de mantener a salvo a esta población, que se revela el sentido equivoco en el que se ha venido planteando una sociedad globalizada.

Aquellos que no tienen capacidad adquisitiva se tornan carne de cañón. Este sistema basado en el poder adquisitivo desencadena un nivel de desigualdad inimaginado. Además, provoca una total indiferencia con respecto a aquellos que no entran en él, logrando deshumanizar todo tipo alternativo de subsistencia. Lo que deja a su suerte al tipo de sobrevivencia que no pueda pagar por su bienestar.

El COVID-19 no sería tan letal si las funciones del sistema de consumo fueran realmente hechas para solventar las verdaderas necesidades humanas y no simplemente para alimentar una necesidad insaciable de consumo que gira en torno a elementos que no constituyen necesidades propias del ser humano. Las mismas "necesidades" que no pueden ser pagas por todos los que habitamos el mundo. Este sistema de consumo

demuestra, una vez más, que los intereses no giran en torno al bienestar, sino que giran en torno al espejismo del confort generalizado y a la ilusión inoculada de una sociedad hambrienta por acumular y producir.

Un cambio de pensamiento, es decir, el repensar el sistema que se ha avalado como sociedad de consumo, es necesario para que estas circunstancias no sean normalizadas y respaldadas por la misma sociedad consumista. De tal manera que, más bien, esta pandemia (la del enemigo invisible) pueda abrir la puerta a un cambio individual en que el planteamiento de las verdaderas necesidades sea el eje central. Cambio que solo sucederá des-acelerando gradualmente esta gula consumista, apartándola de nuestra dieta, valga la analogía, y siendo un punto de partida para la eliminación de este proyecto de vida acumulativo. Hay que dar paso a un verdadero cambio social en el cual no se pretenda incrementar el poder adquisitivo de esta población, sino, más bien, haciendo que aquellos con poder adquisitivo, aquellos que favorecen la sociedad de consumo, sean los causantes del mismo derrumbamiento de esta forma de vida acelerada y descomunal que sustenta la desigualdad social ¿cómo? Dejando de consumir. La pregunta que se hizo más arriba sobre cómo reaccionaríamos tiene respuesta en forma de resistencia y rebeldía al entender que este sistema nos ha deshumanizado y ha hecho que esta crisis de salud sea mayor. Desde este manifiesto se postula la necesaria dieta de no consumo, siendo esta el arma más fuerte frente a aquellos que controlan la economía. Si no hay compradores, no tienen el poder; si no se compra y no se vende, no habrá posibilidad alguna de que este sistema siga haciendo el daño catastrófico al que nos ha arrastrado; entre otras cosas, a la muerte de tantas personas, *a propósito de pandemias*.



Ilustración por *Hegemonío*

AICNETSISER

Cientos de años, millones de pasos.
Eclipses que se agotan, mentes que despiertan.
Toneladas de frustración, toneladas de impotencia.
Disfrazados que se asustan, verdades que se revelan.
Metros de soledad, decibeles de reflexión.
Conspiraciones que nacen, estrategias que duelen.
Kilómetros de tela, miles de litros de tinta.
Aromas de revolución en auge, sonrisas que regresan.
Billones de luces, un planeta.
Alérgicos a la igualdad en descenso, conscientes en aumento.

Por *Steve Odrig*



Monstruos vs. Fantasmas
Fotografía de *@alexasinomas*

Ilustración por *Un Girasol Espacial*





Fotografía por *ART.BEHIND.THE.MASK*

MÁSCARAS Y CAPUCHAS:
entre el anonimato y la formación del colectivo

Por *Ritornelo*

I.

Ser visto es ser capturado. Para deslizarse, esconderse y jugar con esta problemática se inventa la máscara. Encontramos, así, una pequeña aparición de esta en el término latino persōna (del griego prósopon). Aquí la máscara se relaciona con los actores de teatro, con la personificación asociada a este dispositivo de enmascaramiento. Ahora, más allá de sus finalidades en la tragedia o la comedia teatral, y de sus múltiples cambios a través del tiempo, vemos que algo propio del término sigue apareciendo en nuestros días: la potencia de la acción anónima que inaugura este artefacto. Deja de importar el quién. La acción se anida más allá de la identidad, para darle paso a una representación fluida y dinámica. No hay posibilidad de unirse con la máscara en un espacio de subjetivación. Como en el teatro *kabuki* japonés, nos encontramos con espectros, demonios, monstruosidades. La máscara se convierte en la plataforma para surgir más allá del sujeto sujetado, del sujeto visto. La contemplación de aquél, entonces, pasa a posarse sobre un umbral donde no funciona la identificación, donde solo hay miradas que se topan con un rostro gris, un rostro de

pasaje, de tránsito.

La máscara nunca aparece sola. Esta se encausa en el encuentro con las miradas de los otros. Sin otros ojos, la máscara no puede cumplir su función. Por eso es una herramienta central del teatro. Solo en la colectividad se activa la fuerza escondida de la máscara, su tarea artística. En suma, no hay máscara sin mirada que la interpele. Y en ese juego, el rostro virgen se desfigura, cambia y, si se quiere, transmuta. El rostro carnoso, poroso, entra en una batalla con aquel espacio que aparece cada vez como indómito, excesivo. De ahí su carácter revolucionario: fractura el espacio de la experiencia que conocemos e introduce en el espacio donde es presentada una ventana hacia la indeterminación. Doble es, entonces, su fuerza política: por un lado, nos da una bofetada sobre el rostro que se mira en el espejo, y, por otro, únicamente puede funcionar en el escenario teatral, en el lugar de la coalición pública de miradas y experiencias.



Pintura por *Ivonne Cárdenas*

Tenemos, así, la posibilidad de llevar a cabo un ejercicio anónimo y colectivo, pero solamente sacrificando los lugares ya conocidos, los discursos ya escuchados y la seguridad del terreno recorrido. La máscara nos trae un velo de suspenso, de un *no todavía* y un *demasiado tarde*. Un instante. Bastante se ha dicho ya que el enmascarado puede intentar jugar en un espacio privado, solipsista, a perder la identidad. Tal vez sí. O tal vez su tarea nunca está tan compaginada con la política como cuando se enfrenta a ese policía que es la mirada de cualquier otro. Y no hablamos exclusivamente de máscaras materiales. Las hay invisibles, y también aquellas que parecen más humanas que las humanas. La máscara es un estado, no un objeto; es una experiencia y no una finalidad. Cuando se pierde su dinamismo se diluye su estilo intempestivo.

La máscara acompaña a la revolución; tanto en el teatro como en la plaza pública. No se trata de esconderse por miedo o represión, sino de

caminar por las sendas no construidas, los cuerpos no tocados y las ideas no pensadas. En el rostro que no quiere dejarse ver porque la identificación lo devuelve al sistema. Porque se disfruta ese pasaje, ese momento que, aunque finito, es un salto al vacío que inaugura una fiesta infinita.

II.

La capucha es la máscara posmoderna. Esta aparece en la marcha, en la manifestación, allí donde lo vivido no basta y se requiere un cambio. Metafórica y literalmente, el encapuchado es la promesa de una ruptura indefinida, aquella que alimenta las luchas del espacio social. La capucha es un arma sin filo, pero una que es más peligrosa que la pólvora: aviva conciencias, acalora las calles, grita sobre los templos del saber.

Esta se alimenta de lo común, y, en cierto sentido, podría reconvocar los ánimos artísticos del teatro, de la confluencia de miradas. En un emplazamiento donde espectadores y actores se diluyen por la crisis del no-reconocimiento, se abandonan las banderas políticas tradicionales y se radicalizan los ánimos revolucionarios. La capucha, en tanto que máscara, o, diremos, como un tipo de aquella, puede fundar campos de con-vivencia anónima.

Y con todo ello el peligro está más latente que nunca. No por los grupos que capturan, ni las miradas que encasillan. Esos los conocemos bien. Sino por el encapuchado que, cegado por la embriaguez de la coyuntura que promete la revolución, se olvida de que la batalla también se disputa en la cotidianidad. Desconoce que la pugna política va más allá de la marcha, del encuentro con la multitud, y del juego desenfrenado del fuego y la gasolina. El calor de la fiesta y la rapidez del arma policial son igualmente peligrosas. Ambas pueden recaer en el desenfreno de los polos dicotómicos del odio y de la destrucción.

La importancia de la capucha no es su lugar de invisibilidad, sino de performática que funciona a contrapelo. El anonimato no se construye como un salvavidas, como última instancia. El anónimo es más bien un anómalo que trabaja constantemente sobre la normalidad. Porque también se ha expresado que esta es el problema. El encapuchado opera allí donde se le ha querido normalizar, donde su cuerpo y sus representaciones se alinean con la esfera policial. Ahora, ¿se trata de vivir en una incesante fiesta anarquista? ¿Se podría flotar en el vacío de la anomalía constantemente? Por supuesto que no. Eso sería peligroso, y ya hemos visto lo que ocurre cuando esta propuesta se constituye en salvajismo que no solo pierde el rostro, sino también el habla, la vista y hasta la vida. Cuando la iconoclastia sobrepasa la intensidad vital, entramos en un terreno igual de árido al de la máscara del policía.

> **“El trabajo político de la máscara empieza por olvidar las grandes promesas ideológicas, y por situar las luchas en las fisuras”**

Este sujeto *asujeto* vive, hasta cierto punto, del espectáculo masivo. Del acontecimiento visual y narrativo que intoxica y seduce los sentidos con sus promesas de cambio. Pero pasa por alto que la máscara también es preciada cuando es utilizada y trabajada en los espacios poco concurridos, en el encuentro de pocas miradas, en los espacios más sencillos.

En nombre de la máscara también se han perpetrado los peores crímenes. De allí su ambivalencia: es un tránsito peligroso que, sin embargo, debemos arriesgarnos a consolidar mediante una utopía que construya otras formas de habi-



Ilustración por *Paula Rivas*

tar el espacio público. Como en el arte teatral, cada vez hay que re-activar y re-situar la máscara, darle nuevos giros, pintarla de colores, romperla, componer una nueva, saltar de una forma a otra. Todo esto, así solamente exista un solo espectador, un receptor, un juez en frente. El trabajo político de la máscara empieza por olvidar las grandes promesas ideológicas, y por situar las luchas en las fisuras. En ir extendiendo la capucha para que se edifiquen distintos modos de anomalía. Porque la querella política no se reduce al enfrentamiento puntual, sino al ejercicio constante de re-pensar que también el enmascarado termina normalizado, o asesinado. La cuestión estará, con todo, en si esa normalidad estará atravesada por la crisis de la máscara teatral, o si será la normalidad la que le ha arrebatado al espacio público su potencia de crear comunidad. En cuanto al asesinato, habrá que ver si apela a nuestra forma biológica o a la representación que tenemos del sujeto.

La máscara y la capucha: fuerzas que aparecen entre tablas y trompetas, en el asfalto y entre tambores. Movilizando cuerpos y trabajando lugares colectivos. Y ahora preguntamos, ¿qué *persōna* escoger?



Fotografía por *Paola lizarazo*

Somos

Somos el verbo más obsceno,
el amor después del amén,
el mejor infierno de Dante,
la Mona Lisa del triste Da Vinci.
Somos todos los que han besado,
los que han mentido, los que han decepcionado,
los que han nadado boca abajo ahogándose
o bocarriba desviando la vida;
los locos astrónomos, arqueólogos,
arquitectos de los tiempos,
los atardeceres parisinos,
el frío de los vagabundos,
estudiantes,
desaparecidos,
secuestrados.
Somos la resistencia, las normas, las leyes,
los mitos de las abuelas,
las leyendas de los pueblos,
las venas desangradas del mundo,
el mayor desastre,
las mejores notas del piano de Rajmáninov.
Somos el suicida, el fenómeno, los asalariados,
los decadentes, el ídolo,
somos un jazz y una fugaz samba,
somos la primera línea muerta del poeta,
el beso fallido de los amantes interplanetarios.
Somos el cáncer, la pesadilla de la muerte.
Somos los gusanos,
los perros,
los gatos,
las hienas,
Somos el dolor, la angustia y el odio;
somos el ayer y no seremos el futuro.
Seremos el sacramento de las mañanas,
los desahuciados, los insaciables,
la desesperación llamando al silencio.
Somos la xenofobia,
la homofobia,
el racismo,

el machismo,
el clasismo,
el poder,
la pobreza,
la idiotez.
Somos el cosmos, el universo,
un planeta que se muere, el feto que no nace.
Somos el tiempo surrealista en los relojes de Dalí.
Somos las brujas,
las crisis, las reformas,
la constitución del 91.
Somos el alcoholismo de Bukowski,
el vandalismo de Banksy.
Somos Bogotá
Tunja,
Armenia,
el Amazonas.
Somos los profetas del nuevo milenio.
Somos lo hetero-normativo,
lo sexualizado y lo avergonzado;
somos el marxismo,
andamos sin capital y sin apellido.
Somos artistas,
ladrones,
forasteros,
nómadas.
Somos la polución, el veneno,
la pinta, la niña y la Santamaría.
Somos el nacimiento de Venus de Sandro,
la locura de van Gogh,
somos el sufrimiento de Virginia,
el monstruo de Shelby,
somos el amor de Beauvoir y de Sartre:
llenos de feminismo y de existencialismo.
Somos de derecha y de izquierda,
los de abajo y los de arriba.
Somos el entretenimiento,
los periódicos amarillistas,
la codicia,
la belleza,
la soledad.
Somos la eterna juventud de Caicedo,

somos los sueños y nunca la realidad de Freud,
somos el último respiro de Pizarro.
Somos la radiación de Chernóbil;
somos el capitalismo,
el socialismo,
el individualismo.
Somos el hambre de nuestros indígenas,
somos niños,
mujeres,
hombres,
ancianos.
Somos la ciega devoción al narco,
nuestros líderes sociales asesinados,
los títeres, los comensales de los pesticidas,
los asesinos vestidos de presidentes,
las balas en las plazas de mercado;
somos un florero roto,
somos la paz teñida de rojo.
Somos uno, dos, tres,
cinco mil bombas.
Somos el culo de Antanas Mockus;
somos la democracia que nos roban,
los votos que nos compran, un golpe de Estado.
Somos la alegría de Totó la Momposina,
las casas en el aire de Escalona,
la rumba a media noche con Niche,
somos un carnaval,
la mirada desviada y perdida de Diomedes,
el zapateo intenso de un Joropo, las gordas de Botero,
somos todas las Adonay que se casaron,
el mar caribe, la libertad amaestrada.
Somos un pueblo, una ciudad, un continente.
Somos los que luchamos,
fuimos los que sobrevivimos,
y no es certero si seremos los que ganamos.

Por *Ácido Gástrico*



Ilustración por *Cuto*

Ilustración por *Stephanie Barbosa*





Ilustración por Ntweak



Ilustración por *Sako Asko*

Desayuno *sin murciélago*

Por *Mauricio Bermúdez*

Me despierto por la mañana con la extraña incertidumbre que producen los tiempos emocionantes. Afuera una densa capa de humo consume a Cúcuta. La calle, ese espacio de interacción social, ha quedado restringida, y con ella han aplazado los conciertos, cerrado los museos, las bibliotecas y los espacios deportivos. Las salidas de casa deben ser estrictamente para conseguir provisiones u ocuparse de asuntos urgentes relacionados con el mantenimiento del hogar (pago de servicios, de impuestos; filas en los bancos). Eso es porque la libertad de movilidad de la que siempre se enorgullecen los capitalistas ha sido reducida a los pocos metros de vivienda que habita el individuo.

Me obligo a dormir un rato más. En estos días los horarios no importan mucho porque la realidad común sigue paralizada. Solo nos queda internet como espacio de encuentro con los otros, para no olvidarnos de ellos y mantenernos informados o entretenidos. Nuestro mundo acelerado por la industria necesitaba la quietud desde hace tiempo. Me parece vivir un momento histórico aun-

que esté aburrido algunas horas. Para consolarme en el encierro, pienso que lo sucedido a nivel mundial es una gran protesta social e histórica contra un modelo global que no funcionó. La gente cansada por fin decidió detener la producción, abolir la sociedad de consumo e imponerse individualmente sobre los hilos invisibles del sistema; pero solo son divagaciones matutinas sin sustento.

No podemos sobreponernos como individuos al sistema sin siquiera producir nuestra comida; necesitamos aún las redes de cooperación sobre las reglas de mercado. Han sido otros los motivos por los cuales los gobiernos decidieron que debíamos tomarnos esta pausa no voluntaria. Sin embargo, el individuo al reconocerse incapaz de generar ideas renovadas, y a pesar que casi todo se ha detenido, no se cansará del capitalismo. La gente espera ansiosa, sin entender muy bien lo que sucede en el confinamiento de sus casas, volver al juego del capital.

> **“estamos encerrados en nuestras casas con los miedos del hombre de las cavernas y del europeo medieval”**

Afuera un enemigo invisible ha desplegado sus fuerzas en todos los flancos humanos. Quienes romantizan la naturaleza dicen que nuestra situación se debe a los efectos de un gran golpe asestado por el planeta en contra de nuestra especie: el desquite de la tierra contra el abuso y la explotación humana. Sin embargo, no creo que fuera así. El mundo natural no es una deidad calculadora y con un plan dispuesto. Por el contrario, Darwin nos ha enseñado que el laboratorio de creación del planeta en que vivimos es más bien un cúmulo de accidentes entre la especie y el medio.

Ahora bien, tomándolo desde una perspectiva más naturalista que romántica, nuestro enemigo invisible, el COVID-19, es resultado de un accidente artificial, es decir, una situación provocada por nosotros mismos, pero no en forma de teoría conspirativa en donde un gobierno malvado de “X” país reúne científicos para crear un arma biológica que consigue expandir con éxito por el mundo. No, no, nada de eso. El accidente que produjo esta nueva enfermedad no es un asunto nuevo para la ciencia ni se diseñó voluntariamente en un laboratorio. El COVID-19 es una enfermedad de tipo zoonótica, es decir, que se generó a través del salto de una especie a otra, como gran parte de las enfermedades padecidas por la humanidad. Según un informe de la Organización Mundial de Sanidad Animal, más del 75% de las enfermedades aparecidas en los últimos 50 años son zoonóticas.

No podemos endilgar la más mínima culpa de estos accidentes a los animales no humanos como si fuesen simplemente el vehículo del enemigo, el puente de la enfermedad hasta nosotros. Uno de estos ejemplos fue la peste negra que devastó a Europa en el siglo XIV. Esta enfermedad trasmitida a través de las ratas puso en evidencia cómo la forma de vida normalizada de los europeos generó el medio propicio para que un gran número de roedores sobrehabitaran y prosperaran en las sucias y malolientes ciudades de la edad media.

En nuestro glorioso siglo XXI ya no contamos con la poca higiene que caracterizó al medioevo. Hace mucho que la salubridad se impuso como conducta en los países occidentalizados. No obstante, estamos encerrados en nuestras casas con los miedos del hombre de las cavernas y del europeo medieval. Se supone que a estas alturas el proyecto renacentista que pretendía perfeccionar la vida del hombre y al hombre mismo por medio de la técnica se encuentra en su esplendor gracias a la tecnología y a la industria.

En el espacio histórico del siglo XXI se supone que a fe en las iglesias fue desplazada por la seguridad en la ciencia, y se esperaría de ella la ayuda

al hombre moderno cuando sufre inesperados traspiés. Sin embargo, la ciencia no es una deidad bondadosa, un ente abstracto con voluntad y capacidad de decisión autónoma. La ciencia que germinó en el renacimiento lo hizo de manos del modelo capitalista, el cual, podríamos decir, era un enmarañado económico, político y científico en sus sentidos primarios que con el pasar de las décadas fue perfeccionándose a través de las revoluciones. La ciencia no puede venir a socorrer por cuenta propia al hombre moderno, pues tiene la cara del capital. Para que tal milagro suceda debemos darle un rostro humano, un rostro bondadoso y no la falsa ilusión simbólica de estampar rostros en las monedas, como ya se solía hacer en la antigüedad con la cara de divinidades antropomorfas o reyes ególatras.

La mañana en la ciudad transcurre lenta. El calor se siente como si tuviera miles de pulpos pegados a mi cuerpo succionando mis poros, haciéndome sudar a gotas. He leído nuevamente el artículo de Vallejo sobre el coronavirus publicado en El Espectador, y de nuevo me ha parecido extrañísimo. Ya tendrá Vallejo sus razones para conclusiones tan raras. Me asomo a la ventana para ver cómo evoluciona el humo que opaca el cielo, pero nada, no se ha movido, continúa como una gruesa manta sobre las desfavorecidas casas, multiplicando así la eficacia del sol. Recuerdo que hace unos días, después de un escándalo mediático en redes sobre la contaminación del aire durante los primeros días de la cuarentena, las instituciones estatales pusieron los ojos sobre estas olvidadas tierras.

Las respuestas de estos organismos fueron escuetas y diferentes. Nadie sabe de dónde viene el humo, pero lo más probable es que sea consecuencia de alguno de los nueve gigantescos incendios activos hoy en Colombia o de los catorce ocurridos en Venezuela. El Ministerio de Ambiente, entre muchas palabras, concluyó que se deben esperar días lluviosos que disiparán el humo y mejorarán la calidad del aire. La ciencia no cuenta con un gigantesco aparato tecnológico para limpiar el cielo de una ciudad, menos lo tendrá para limpiar el cielo de todo el planeta que ya se encuentra bastante afectado a causa de nuestra forma normalizada de vida.

El modelo económico que sostiene la ciencia en occidente ha demostrado varias situaciones. La primera de ellas es la incapacidad de revertir el calentamiento global; la segunda es la ausencia de compromiso real con la igualdad, la fraternidad y la libertad, mientras que la tercera situación será la inutilidad de los esfuerzos en garantizar la autonomía y la dignidad. El capitalismo es incapaz de proteger la vida. Los derechos humanos como los propósitos de la Revolución Francesa son una promesa incumplida, un privilegio para selectas clases. En Colombia, como en Italia, España o Estados Unidos, la salud más que un derecho común es un fructífero negocio manejado por empresas privadas. En el juego del capital las cosas esenciales para vivir son productos en el gran mercado de la ciudad.

En estos días el debate político se encuentra entre salvar vidas o lanzar flotadores a los bancos y empresas. Diferentes países y organizaciones de primer mundo anuncian donaciones para Colombia porque es un país vulnerable y con escasos recursos para afrontar la crisis. Las noticias locales informan que, a pesar de todo, las alcaldías, gobernaciones y la presidencia se siguen robando el dinero recogido para brindar ayudas.

Al principio de esta pandemia tenía la esperanza de que después del largo confinamiento saliéramos siendo un país con una perspectiva del mundo diferente; quizás siendo un poco más solidarios y menos competitivos. Pero eso no va a pasar. Hasta puede ser que las cosas empeoren con la cuarentena insostenible para gran parte de los colombianos. Colombia no va a ser Noruega de la noche a la mañana. No queda más que esperar a que el capitalismo y el sueño americano nos den el rumbo que tomaremos como sociedad. Esperemos que la humanidad no caiga antes, esperemos ver cómo cae este modelo capitalista, tal como piensa Žižek.





Ilustración por *JHC*



Ilustración por *Necio*

UNCLE KENTAKI

La fascinación por la receta especial del Coronel Sanders puede alcanzar niveles insospechados. Como aliciente para tumbar gobiernos, ilusión de los niños y mercancía de contrabandistas, un balde de pollo frito contiene mucho más que la evidente bomba calórica de sus presas.

Por *Karim Ganem Maloof*

En una muestra de condescendencia gastronómica rara en él, Anthony Bourdain se sienta con aparente entusiasmo frente a una bandeja con papas a la francesa y pollo frito que trata de imitar la receta del Coronel Sanders. Quien lo ha conducido hasta el local rojo y azul chillones es Jihad, un joven libio que hizo parte de la revolución que derrocó a Muamar Gadafi. Bourdain está haciendo un programa para CNN poco después de la muerte del dictador y desde el principio se nota fuera de su zona de confort: se le ve nervioso, tenso, especialmente tolerante. El programa trata de darle más profundidad a su conocido show gastronómico *No Reservations*, enviando al chef celebridad a países que tengan algún picante adicional, como una revolución civil. Hay un aire anárquico y amenazador en Trípoli que los productores del show enfatizan con la música ambiental. Bourdain se siente frágil, desprovisto de su sabrosa ironía. No aventu-

ra muchas opiniones sobre lo que le muestran o dan a probar, más allá de asentir con aprobación y apresurarse a decir "¡muy bueno!". Él y Jihad están sentados en lo que es para el chico una de las grandes victorias de la revolución, Uncle Kentaki, una cadena de restaurantes de pollo frito que piratea la imagen de Kentucky Fried Chicken. Durante la dictadura de Gadafi, los restaurantes de comida rápida estadounidense no existían, y aún después de su muerte el país pasa por una situación demasiado volátil como para que la verdadera cadena se anime a establecerse. El chico se ve contento con su menú, pero apenas Bourdain trae a Gadafi a la conversación su expresión cambia, el aire le falta y su discurso se enreda por una rabia torpe. La música, por supuesto, decae en un tono siniestro; Jihad quiere decir muchas cosas, pero no encuentra las palabras en inglés. Finalmente dice con vehemencia lo feliz que se siente de que hayan matado a quien por cincuenta años fue el jefe del país. El famoso chef asiente con una expresión indulgente y algo perpleja, mientras Jihad levanta un sándwich de pollo, lo señala con el índice y dice en su precario inglés: "Por esto fue que peleamos y derramamos la sangre de tanta gente de mi país. Por el sabor de la libertad".

"El chico se ve contento con su menú, pero apenas Bourdain trae a Gadafi a la conversación su expresión cambia, el aire le falta y su discurso se enreda por una rabia torpe."

Veo esta escena en televisión con el mismo asombro que posiblemente experimentó Bourdain al grabarla, sintiendo que hay algo revelador detrás de su absurdo aparente. Unas semanas después, una amiga y yo estamos cruzando Egipto de sur a norte en un bus estilo Greyhound. Vamos sentados en el fondo sin posibilidad de inclinar el espaldar. Aun así tuvimos suerte; todo el mundo volvía a casa luego de las vacaciones por el cumpleaños del profeta y casi quedamos atascados cerca de la frontera con Sudán. A mi lado, mi compañera duerme recostándose un poco sobre mi hombro. En cambio, yo no logro cerrar los ojos en un bus, así que miro a través de la ventanilla durante las dieciséis horas de trayecto a El Cairo, saltando de emoción cada vez que encontramos algún parador en el camino donde tomar un poco de té negro y fumar un cigarrillo. En cada parada me permito observar a la concurrencia y caer en eso que Coetzee llama la "frívola antropología cultural de los turistas". Han sido muchas horas de ver un horizonte amarillo casi vacío. De vez en cuando aparece la silueta de algún caminante, o rebasamos algún sedán. De resto, los únicos estímulos visuales en la carretera son esas especies de piedras miliares, las enormes vallas publicitarias de KFC, en las que un satisfecho Cristiano Ronaldo en uniforme rojo abraza un balde pollo con la mano izquierda y sostiene una presa con la derecha. CR7 es la imagen de la marca para el mundo árabe, y se le paga con abundantes petrodólares para auspiciar el consumo de pollo frito usando su maravilloso cuerpo esculpido, presumiblemente, en ausencia de todas esas calorías vacías. A diferencia de lo que sucede en Libia, durante mucho tiempo, Egipto ha tenido fama de ser un país moderado en el tema religioso, y abierto a las potencias occidentales en cuanto a lo político; estos avisos calóricos para el viajero fatigado son un recordatorio de que en lugares recónditos del país el Coronel Sanders está listo para calmar tu hambre.

La experiencia que vende KFC en el Medio Oriente está bien representada por el nombre de la compañía que tiene su franquicia, americana, en un conglomerado kuwaití. Para

muchos en un país extraño, las empresas internacionales funcionan como una especie de conexión express a casa, un agujero de gusano que anula la distancia y nos ubica en una dimensión conocida. Pero en el caso de los locales, como todo lo que se ve a través del halagador lente de la publicidad estadounidense (replicada en este caso por expertos de la península arábiga), KFC está teñido por una nostalgia y un pasado ajenos que pasan por propios. No se trata de un lugar que ofrece una comida de relativo buen sabor, ahorrándole tiempo y esfuerzo a sus comensales, sino de la encarnación en pollo de altos ideales de la civilización; sus partículas de grasa atomizadas en el aire, el olor al mundo libre, y sus restaurantes, lugares que confirman el éxito de las familias que pueden acceder a los altos precios de sus platos. Más allá de la comida está el anhelo de un reducto de ficción occidental con aire acondicionado. Y en los casos en que es imposible acceder a ella hay opciones disponibles. Si Mahoma no puede ir a la montaña, la montaña irá a Mahoma.

Mahmoud recibe pedidos de toda clase en su empresa de mensajería en la ciudad de Raffa, al norte de Egipto, pero últimamente se han multiplicado los de pollo frito. Cuando junta suficientes órdenes, envía a uno de sus ayudantes al KFC local. Ahí el hombre reúne las decenas de bolsas con comida y las sube a un jeep para transportarlas treinta kilómetros hasta la frontera con Palestina. Dentro de las bolsas la física hace de las suyas y vuelve pastoso lo que era crujiente; las texturas endurecidas por la acción del aceite son presa de la humedad. La grasa se solidifica y se adhiere a la costra apanada. Las papas entran en una reacción química que revela el amoníaco usado para su conservación, sus aditivos con sabor a jarabe para la tos. Esta es comida para consumir caliente, pero eso no importa tanto dadas las circunstancias.

En un lugar secreto, tras un trayecto que dura algunas horas, Mahmoud ha construido un túnel subterráneo para contrabandear mercancías a la Franja de Gaza. Debido al bloqueo que Israel mantiene en la Franja y a las restrictivas medidas fronterizas de las autoridades egipcias, estos túneles pululan en la zona y a través de ellos se trafica desde aceite para cocinar y harina, hasta armas y personas. También baldes y baldes de KFC. Alguien espera al mensajero, recibe el pedido y lo transporta a través del túnel para, una vez afuera, entregárselo al siguiente eslabón motorizado, no antes de que un oficial de Hamas revise las bolsas con pollo frío y papas aguadas (que no guardan mucha relación con el supuesto placer casero que pretendía suministrar el Coronel) para asegurarse de que no se trata de mercancía prohibida. Afuera, el último mensajero se asegura de hacerlas llegar hasta las casas de quienes esperan el manjar. La gente de Gaza paga unos precios ridículos por un balde pollo, suficiente dinero para vivir una semana. Lo suyo es un acto banal y rebelde. Poco importa el sabor o la textura de la comida; la dificultad para procurarse un lujo es proporcional al placer que produce.

De niños, al vivir en una isla sin grandes restaurantes de cadena, nos pasaba algo similar a mis hermanas y a mí. Mis padres viajaban con frecuencia, a menudo uno a la vez, y tenían la costumbre de traernos a la vuelta una Cajita Feliz de McDonald's. No solo nos importaban los juguetes; esperábamos con ansiedad y apetito esa comida fría. La devorábamos apenas llegaba, con un entusiasmo y una fascinación incomunicables, extáticos; como si en aquella cajita viniera, en lugar de plástico comestible moldeado en una figura convincente, un libro en una lengua extraña, una piedra preciosa o un pájaro.

Pero incluso KFC, con su aire de extranjería, se vuelve familiar con el tiempo. El éxodo de las naciones del Medio Oriente es uno de los grandes desplazamientos del último siglo. Para quie-

nes se mueven de la periferia del consumo hacia el centro, para los inmigrantes que en su país reconocieron en las cadenas algo foráneo, una vez en los países de Occidente esos mismos restaurantes representan un extraño acercamiento a casa, una especie de síndrome de Estocolmo. La industria se preocupa por los intereses de las minorías si constituyen la mayoría de sus clientes. Es por ello que en Inglaterra los defensores de la britanidad, de la reina y las costumbres esenciales anglosajonas han detectado otra de las sutiles formas de la guerra santa que emprenden sus obstinados inmigrantes musulmanes, muchos de ellos del Medio Oriente. Aquí y allá han empezado a brotar como crispetas restaurantes de KFC que ostentan certificados Halal, para tranquilidad de sus comensales musulmanes más ortodoxos. Ciertamente un no musulmán podría comer un pollo que fue degollado mientras se recitaban unos versos del Corán, pero, ¿por qué querría hacerlo? Algunos exasperados clientes arios han puesto el grito en el cielo al ver en tal cosa una bienvenida al enemigo, una legitimación de sus tabués bárbaros y una invitación a que sigan llegando sus contingentes.

Imagino que el creador de Kentucky Fried Chicken no previó la contrariedad que producirían sus almuerzos. Harland Sanders, a diferencia de Aunt Jemima o Ronald McDonald, no fue un engendro corporativo. El Coronel comenzó su restaurante durante la Gran Depresión, en una gasolinera sobre una vía interestatal al sureste de Kentucky, donde se le ocurrió ampliar sus ganancias vendiendo gravy, bizcochos y pollo frito a los camioneros y turistas. Sanders era un purista del pollo, un hombre con intenciones artísticas que descubrió una nueva forma de freír y que revolucionó lo de "rápido" en la comida rápida. Y aunque sus propósitos eran loables, y su receta de siete especias aún se conserva en una bóveda en los cuarteles de la compañía, esta última se convirtió en una de las corporaciones más grandes del mundo y no podía seguir aumentando sus rentas si era demasiado escrupulosa en cuestiones de calidad real, en lugar de ocuparse del muy diferente asunto de la calidad estandarizada. En 1970 (años después de que Sanders vendiera la compañía que sin embargo conservó su reconfortante imagen de Papá Noel), Art Pelster, un ingeniero eléctrico proveniente de la industria aeronáutica, encargado de eliminar el "factor idiota" y mejorar los procesos de la empresa, dijo: "Cocinar es una mezcla de química y termodinámica, así que cualquier ingeniero debería ser capaz de entenderlo". Un restaurante en el que ingenieros y abogados se encargan del menú cambia en algo las cosas. En muchos lugares, la presencia de KFC es un símbolo invasor en lo macro, pero las personas que pueden procurarse su comida son libres en lo micro, el único plano real de la libertad. Para los inmigrantes de los países industrializados es el camino a la asimilación. Para los chauvinistas, localistas y defensores de lo autóctono es un gusto culpable. Para alguien como Barthes sería un manjar semiológico. Pero debajo susbsiste algo elemental; hay un poema del vietnamita Linh Dinh que dice:

Odio admitirlo, hermano,
pero hay veces,
cuando como pollo frito,
en que me olvido totalmente de mi familia,
el honor y la patria,
las muchas promesas de sangre que me has hecho,
mis humillaciones pasadas y futuros crímenes,
de todo, en suma, menos de la piel crujiente
de mi pollo frito.



Fotografía por *Jeimi Villamizar*



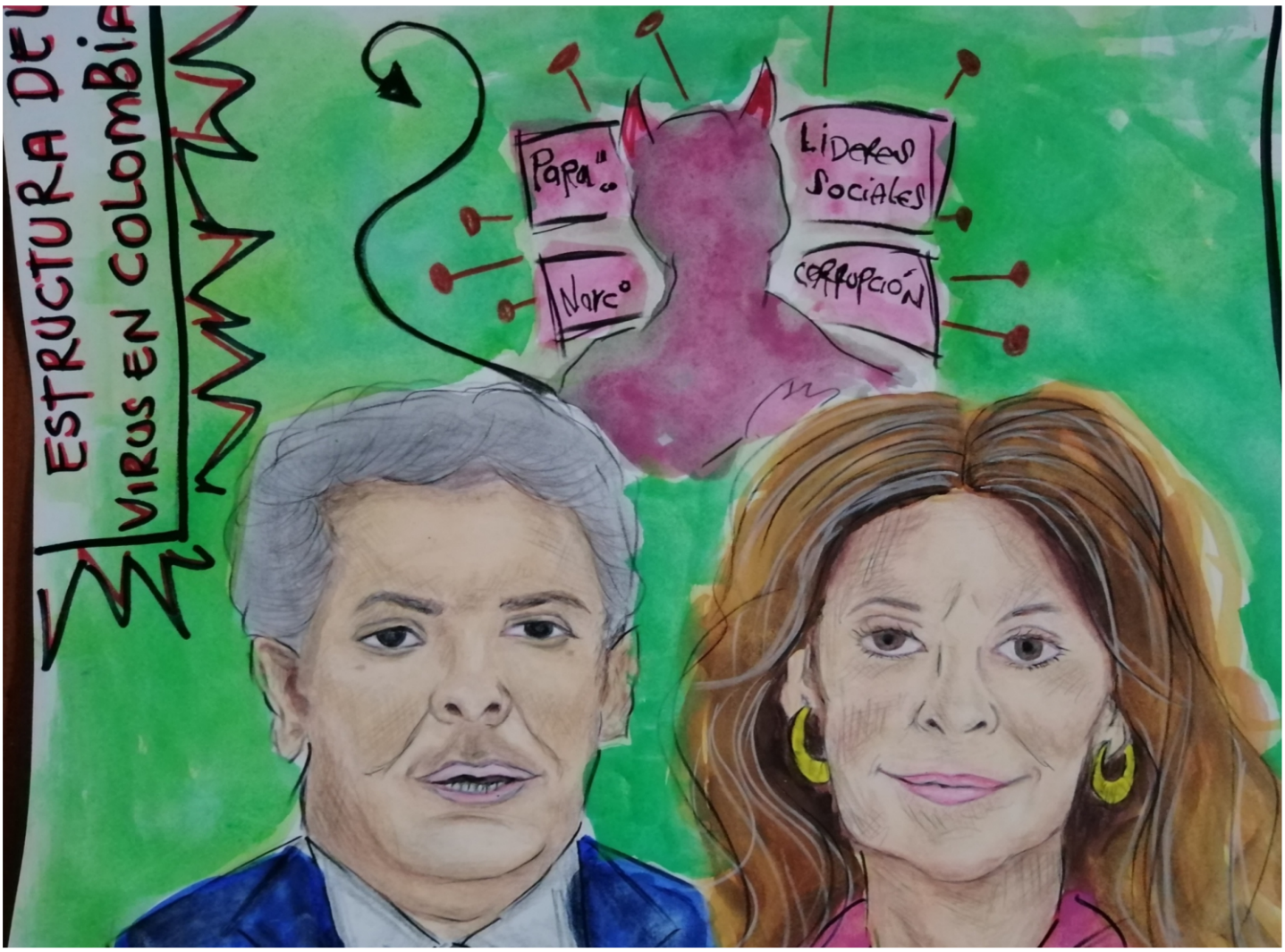


Ilustración por *Marilyn Galavis Ángel*

DEL COVID-19 O DE *una plaga para otra plaga*

"¡En verdad, en un lugar de curación debe transformarse todavía la tierra!
¡Y ya la envuelve un nuevo aroma, que trae salud; y una nueva esperanza"
Zaratustra de Friedrich Nietzsche

Por *Gregory P. Vargas*

Zaratustra descendió de nuevo de la montaña. Esta vez no lo hacía para anunciar la desaparición del último hombre, pues este se ha perpetuado; aún más allá, tiene a punto del colapso su planeta y hoy está atrapado en su morada en peligro de que un virus termine con su decadente rastro. Ya no descendía para anunciar como en otrora la muerte de dios, pues su tumba yace en donde se erige el dinero como la gran divinidad. Quizás descendió entonces para contemplar cómo la humanidad comprobaba su vulnerabilidad e interdependencia, o quizás forzado porque en las montañas donde habitaba han irrumpido las búsquedas y asesinatos de líderes sociales e individuos en oposición al sistema imperante, *¿acaso Zaratustra está en Colombia?*

Así se dirigió frente a la desolada ciudad: el hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, os dije alguna vez. Pero parece que habéis caído de esa cuerda, y sobre ese abismo han construido grandes ciudades que hoy, pueden darse cuenta, no son más que enormes trampas. El que se creyese el rey de las especies hoy se ve confinado por un virus, asustado y atrapado en las consecuencias de su infame trasegar: la voracidad para todo cuanto lo rodea y la beligerancia y criminalidad de sus gobiernos. ¡Bah!, gobiernos. Qué nociva abstracción. Mirad que aquellos que habéis elevado al poder político hoy utilizan la crisis, y sobre el hambre del mismo pueblo siguen enriqueciendo a los bancos. De tal manera que ya no es necesario que yo venga anunciado la muerte del último hombre, aquella versión decadente y degradada del humano, el de la actual sociedad tecno-industrial. No es necesario, pues ya es evidente que, si no lo hace por sí mismo, si este último hombre no construye algo superior de sí, trasmutando sus valores, erigiendo un mejor modo de ser en sociedad, la misma naturaleza lo expulsará como la plaga que hasta ahora ha sido. Y no será su voluntad, será consecuencia de los actos humanos: sobre estos se arrojarán los ríos, los océanos, el calor intenso y el inhóspito frío. Yo os he dicho: es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina. Depende ahora de vosotros que de este caos surja algo tan sublime como nuevo. Así habló Zaratustra.

Referente a la situación de la pandemia actual del COVID-19, la reflexión general se ha bifurcado entre una visión positiva y otra pesimista. Hay quienes han suscitado que con el emerger del virus ha llegado así mismo la extinción del sistema capitalista y su modo de sociedad. Por otro lado, hay quienes enuncian que a pesar del temblor en las bases del sistema mundial se está lejos del advenimiento de su superación. En su lugar, el individualismo y los mecanismos de control estatales habrían tenido una extensión, perpetuación y consolidación detrás de las medidas preventivas en relación a la pandemia. Esto último puede ser lo que efectivamente tiene lugar en la realidad: la cuarentena les ha sido oportuna a los gobiernos para extender su control y destinarnos al aislamiento en un momento en donde los pueblos se estaban reuniendo en protesta y lucha contra sus explotadores.

No obstante, esa primera posibilidad que se ha clasificado de positiva y que expresa que con la crisis advendrá el aniquilamiento del sistema actual, apareciendo una forma solidaria de sociedad, puede tener lugar. Las condiciones pueden estar dadas y a su vez dependerá de la entereza de los pueblos, de la fuerza de su rabia e indignación.

Hay entonces unas condiciones previas a la aparición de la pandemia que denotaban la degradación del sistema económico y político, y que estaban levantado ya importantes eventos de resistencia. Con la aparición de la pandemia estas condiciones solo se han hecho evidentes y han tenido su exacerbación. La enorme brecha de desigualdad que condena a la miseria, el desposeimiento y el hambre a muchos es ahora objeto de atención, pero llevan coexistiendo con la sociedad hace mucho tiempo. De repente somos conscientes que gran parte de la población depende del trabajo informal o de lo que se reúna día a día. Ahora podemos ver que la existencia de muchos se resume en deudas, y ahora angustiados, suplican a los bancos por prórrogas. El hacinamiento en las cárceles ya existía, solo que ahora ante la llegada de la pandemia se ha reconocido como peligroso. De repente al decretar una cuarentena las personas terminan comprobando que hay quienes no tienen ni hogar, ni pan para acatar dicha medida.

Infame y descaradamente ignominioso ha sido el acontecer del gobierno colombiano en relación a la crisis por el COVID-19. Es en definitiva este país una finca gobernada por un viejo y obstinado terrateniente que, como pantomima,

se vale de cierta figurilla a la que llamamos presidente. En esta finca dicho terrateniente ante la llegada de la plaga prefiere salvar su patrimonio, el de sus cómplices, y dejar morir sus cultivos con obreros y todo. Ante la premura de atender a las poblaciones vulnerables y fortalecer el sector de la salud el gobierno ha preferido salvar a los bancos. Estamos ante Duque... el Duque de la banca.

Por otro lado, es conocida la inversión que el mismo gobierno ha realizado comprando las famosas máquinas de represión o tanquetas, ¿qué pretenden? ¿Acaso así piensan apaciguar el hambre? ¿O la rebelión que mediada por esta se puede avecinar? La corrupción, el despilfarro y el desdén para con el pueblo no tienen cuarentena para el gobierno. Tampoco los asesinatos de líderes sociales en el país. Parece que solo se han valido de la cuarentena para perpetuar su privilegio y control. La corrupción en torno a las ayudas destinadas a solventar las necesidades de los más empobrecidos demuestra la rapacidad, infamia y nocividad del poder político y de quienes se sostienen en él. Su prioridad ha sido encausar los recursos del pueblo hacia sus propias arcas. Frente a ello, todos los días hay amotinamientos de personas lanzadas a la protesta y la desobediencia, impulsados por la desesperación del hambre y el desamparo; la verdadera y más peligrosa enfermedad es el Estado y su sistema económico.

De igual manera, también ha sido oportuno para el Estado colombiano el advenimiento de la pandemia en relación a la dilatación de las recientes evidencias sobre la compra de votos que posesionaron al actual gobierno. Es decir, como si la cuarentena tuviese que hacernos olvidar que estamos regidos por un presidente que compró su puesto y, en suma, por un narcoestado.*

> **“como si la cuarentena tuviese que hacernos olvidar que estamos regidos por un presidente que compró su puesto y, en suma, por un narcoestado”**

En general la pandemia ha servido a los Estados para aplicar un intervencionismo total, incrementar su control con la población y consolidar los modos policiales-represivos de organización y relación con el otro. Es en este sentido que se argumenta que en lugar de asomarse una extinción del sistema capitalista lo que ha acaecido es un fortalecimiento del individualismo y el control estatal. Ciertamente, el argumento que justifica la aparición y necesidad del Estado pasa por un pesimismo respecto a la naturaleza humana y sus posibilidades. Bajo dicha perspectiva, el ser humano es un animal hostil tendido a la búsqueda del honor y la gloria aun por encima del otro. Ese otro que representa competencia o peligro. Es decir, a partir de esa idea denigradora de la naturaleza humana que afirma que sin una autoridad que nos someta permaneceríamos en perpetuo conflicto: ya estábamos aislados, el aislamiento solo se ha hecho material.

El miedo y la noción del otro como peligro son fundamentos de la teoría del Estado y su justificación. Bajo esa lógica, es el miedo y la desconfianza hacia el otro lo que induce a los individuos a erigir una institución por encima de ellos que los reprima e inste a vivir en sociedad. La aparición del COVID-19 ha encajado perfectamente con esta lógica legitimadora de la autoridad y la necesidad de los gobiernos. Más allá de lo ante-

*La historia cuenta que Ernesto Samper, expresidente de Colombia, ascendió al poder patrocinado asimismo por dinero de sectores del narcotráfico. Algunas voces reiteraban que por cuenta propia y por conciencia moral debía renunciar. Samper terminó su gobierno e incluso una de esas voces fue asesinada: la de Álvaro Gómez Hurtado. El Estado en general debería ser abolido, pero, mientras tanto, como lo dijo Hurtado hasta el final respecto a Samper, Duque tiene como imperativo moral renunciar.

rior, parece acrecentar o denotar la naturaleza policiva de la sociedad: ya el otro era un agente de contagio, ya el otro era considerado un peligro. La aporofobia ya existía, ahora solo se ha hecho evidente su existencia.

Ahora bien, no todo puede ser lodo. Aludiendo a esa otra perspectiva que se ha denominado positiva, bien puede ser que las bases del sistema económico y político mundial de alguna manera estén siendo puestas en "jaque"; depende entonces del siguiente movimiento declarar el "mate". Desde la parálisis de la economía hasta el replanteamiento de los valores que prevalecen hoy pueden abrir la posibilidad que el sistema neoliberal pueda ser superado. No es cierto que solo los modos policivos de relacionarse se hayan fortalecido con la actual pandemia, la solidaridad también ha tenido su franca aparición. Así, cierta parte de la humanidad ha podido experimentar y asimilar que es la solidaridad y la unión entre sí la fuerza que ha de regular las relaciones sociales. Es la solidaridad la fuerza que ha conducido al ser humano por la evolución. Tal era, por ejemplo, la noción que resaltaba Kropoktin, pensador y científico anarquista. Él quería, pues, controvertir la afirmación de que la competencia es la única fuerza que habría impulsado la evolución humana: en su lugar propuso la solidaridad como el mayor impulso evolutivo de la especie.

Ante la ausencia del gobierno se ha visto cómo en algunos casos el pueblo ha optado por cooperar y organizarse por sí mismo. Todxs unidxs en beneficio colectivo, sin necesidad de gobierno. Y eso es precisamente lo que se entiende por anarquía. Entonces, de repente la atención se posa sobre las prácticas de cultivo y autoproducción de los propios alimentos, se hace consciente así la importancia de la existencia y formación de las huertas caseras y vecinales. De tal manera que, así como han concurrido repulsivos ejemplos de la mezquindad humana, también admirables hechos de solidaridad y cambio han tenido lugar.

El ser humano debería estar aprendiendo de esta experiencia, replanteando sus viejos valores asentados sobre el egoísmo y el individualismo. Asumiendo la importancia de la libertad y su necesario complemento: la libertad del otro. Como declama la vieja consigna anarquista: en la lucha por la vida no perviven los más fuertes y egoístas sino los que materializan la fuerza fundamental del apoyo mutuo.

Es posible entonces que se dé el ocaso del sistema imperante y se llegue a la formación o inicio de una sociedad más solidaria. Incluso puede que más allá de lo que expresa Žižek, el principio mismo de autoridad y poder pueda ser replanteado, pues la historia ha dado muestra que el comunismo autoritario no funciona y que este ha de ser libertario. Puede ser así que, creyendo más en nosotrxs mismxs dejemos de creer en la necesidad de la autoridad y el gobierno. No se trata aquí de ubicarnos en una visión "positiva" o romántica de la situación. Esta es más bien realista, pues ante las mismas condiciones radicales el cambio que se exige ha de ser profundo. Así, son los soñadores los que terminan siendo más realistas que aquellos que así se hacen llamar.

Entre dos posibilidades o dos destinos se encuentra la humanidad en ese posible momento post-pandemia. Esa cuerda tendida que es el hombre se escinde en dos caminos: la perduración y fortalecimiento del sistema imperante con su desigualdad de la riqueza y su orden moral basado en el individualismo y egoísmo, o la destrucción del mismo y la génesis de una nueva forma de sociedad basada en la solidaridad y el apoyo mutuo. Todo depende del mismo trasegar humano y el devenir de los pueblos en lo que se sigue de esta crisis. De cómo puede afirmar su cambio a través de la conciencia de que no hay peor pandemia que aquella "normalidad" a la que eventualmente su sociedad regresaría.

Se conoce que como antesala al declive de la democracia griega una devastadora epidemia

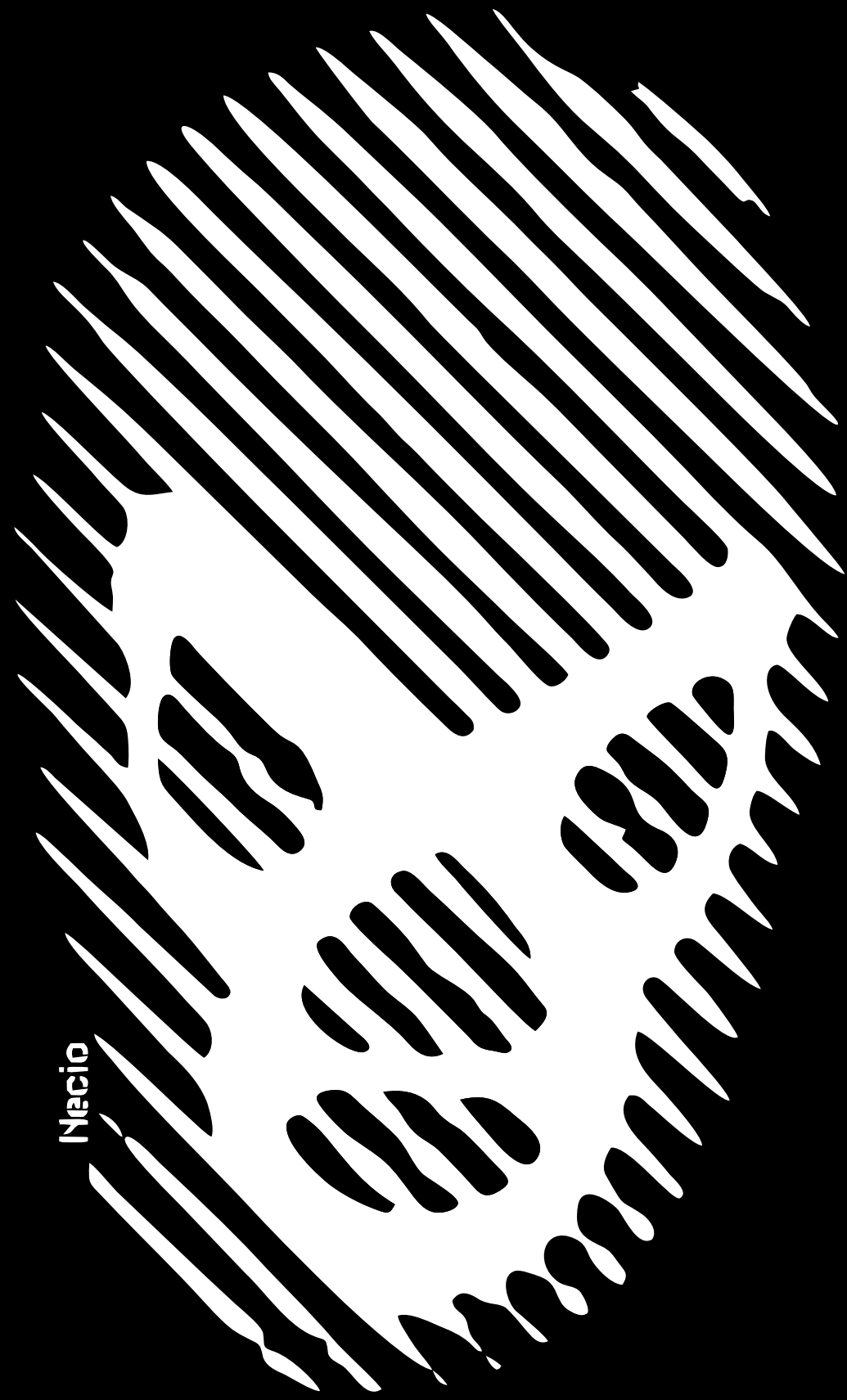
azotó a Atenas diezmando notablemente su población. Como consecuencia de aquella peste parece haber germinado una nueva configuración del mundo que desembocaría en el imperio, primero el helenístico y luego el romano. Dependerá de la propia humanidad que después de esta pandemia surja un nuevo y degradante imperio o surja una nueva sociedad libre y solidaria. Dependerá entonces de la entereza de su indignación y rabia. De la certeza con la que diga basta a estas infames porquerías, basta a su explotación y alienación en razón de los privilegios de algunos, y basta a la indiscriminada degradación del planeta. Y en vista de que su realidad es un espectáculo sanguinario, la humanidad haga por fin algo superior de sí misma. Quizás esta pandemia ha tenido lugar en la existencia para que el humano despierte, o, en caso contrario, se extinga.

Nota: La actual situación y crisis puede denominarse como una plaga para otra plaga, un daño o perjuicio grave por parte de un organismo (virus) a uno más grande (humano) que ya causa un daño grave y son la plaga de todo un planeta. De tal manera, si bien esto no es el castigo de una naturaleza con voluntad al estilo de un ente divino, sí es una consecuencia del infame trasegar y obrar humano en la misma naturaleza. No es propiamente un accidente: ya sea un virus generado en un laboratorio o haya sido generado por el consumo de un animal contaminado en una plaza de Wuhan, es producto o de las pretensiones beligerantes y manipuladoras de los Estados o del indiscriminado tráfico, comercio y consumo de especies animales, y en suma a la degradación de su misma especie y planeta.



Ilustración por *Capital Kid*

Ilustración por *Necio*



EN LA CRISIS CREAMOS

Furia y pasión

Hoy hay furia y pasión.
Emergen de la disparidad y la falta de ecuanimidad.
Hay fiereza exaltada ante la inexistencia de un Estado.
Se han elevado y alzado las verdades a gritos ahogados
con pólvora, hambre y cuchillo en el pasado.
El protagonista hoy, un virus asfixiante atiborrado de perturbación.

Hoy soy parte de quienes hemos prestado la voz.
Y no hemos más que recibido burlas, manoteo y estigmatización.
Grilla, puta, guerrillera, resentida y por supuesto incoherente.
Así me han señalado aquellos ciudadanos de bien que ni se atreven a conocerme.
Entre quienes dicen conocerme, se visten primero de corporación que de amigos inteligentes.

No le temo a la muerte, me ha llevado varias veces.
Busco renacer desde el espíritu en una teoría de no reacción.
Pero no, prefiero morir mil veces que callar mi voz.
El mundo que habito necesita resistir, yo necesito transgredir
entre la furia y pasión, que determina mi condición.

Por *Narradora Rústica*



Ilustración por *Neider Gomez*



Fotografía por *Le.febbre*



Ilustración por *Ratoncio*

De un murciélago a otras plagas

Por *Evaristo B.*

Ante el aislamiento propiciado por la pandemia, se dice que varias especies están repoblando las ciudades. En Colombia sucede con algunos animales verdaderamente no muy exóticos: ratas, lagartos, cerdos y buitres; y otros que son unas verdaderas rarezas: pulpos y micos. Realmente nosotros somos el virus, se repite hasta el cansancio en las redes sociales. Y que estas nobles especies animales han "retornado" a dichos espacios dado el abandono de las calles. Sin embargo, según un estudio de la Universidad de Harvard (la misma academia en que nuestro honorable presidente realizó su especialización en tan solo cinco días), estas especies no han "retornado" a un hábitat que alguna vez abandonaron. No. Ellas siempre habían estado allí, perviviendo en la solemnidad del documento oficial, en el ritual burocrático o en las mangas del siempre bien vestido "servidor público".

En efecto, bajo la muy simpática ayuda humanitaria han salido los pulpos a echarle tentáculo a lo que se pueda*, no sin la ayuda de los micos acostumbrados a saltar de rama en rama y retorcer decretos para procurarse sus bananas. Pero ellos ya estaban ahí: acaparando subsidios antes de la pandemia y brincándose los vacíos legales.

Las ratas y buitres también se han dejado ver: empujados por la sagrada ley de la oferta y demanda, se han procurado unos "tolerables" sobrecostos para empacharse a costa de los otros. Pero ellos ya estaban ahí, pendientes de los incautos y dispuestos a atracar la buena fe de los más crédulos.

Los cerdos, por otra parte, ahora van por las calles haciendo alarde, más que siempre, de su siempre bien duro falo (bolillo): poniendo multas, mandando a la gente para su casa y, si el tiempo es halagüeño, violando mujeres que se resistan a ser cuidadas por sus bondadosas manos. Pero ellos ya estaban ahí: gruñendo, ¡oinc, oinc!, a todo aquél que rechistara algo a sus cuidadores (los mismos que les echan sobras revueltas con mierda).

También los lagartos se han hecho notar durante el aislamiento: aduladores de la "eficiente" respuesta institucional. Con tal de congraciarse con el lagarto mayor, se atreven a decir que vamos bien y que lo que sucede es que la izquierda busca desprestigiar al gobierno; que Duque salió gallo de pelea (?) y que las muertes por el coronavirus son más un castigo divino que producto de la tontería hecha establecimiento. Pero ellos ya estaban ahí, con sus entelequias y tautológicas frasecitas: "Duque es el que es".

Estos animales no han "retornado" a su hábitat, sino que, mientras nos exigen quietud, ahora hacen fiesta en la plaza pública que antes habitaban con timidez. "Quédate en casa", nos dicen. Y es tal vez lo mejor, pues su descarada orgía de corrupción puede salpicarte la cara con sus fétidos fluidos. Así, si tienes suerte de no contagiarte de coronavirus, puede que sí contraigas una gonorrea. Pero no olvidemos, por favor no lo hagamos: que para salir a quemarlo todo no habrá horario ni cuarentena ni aislamiento.

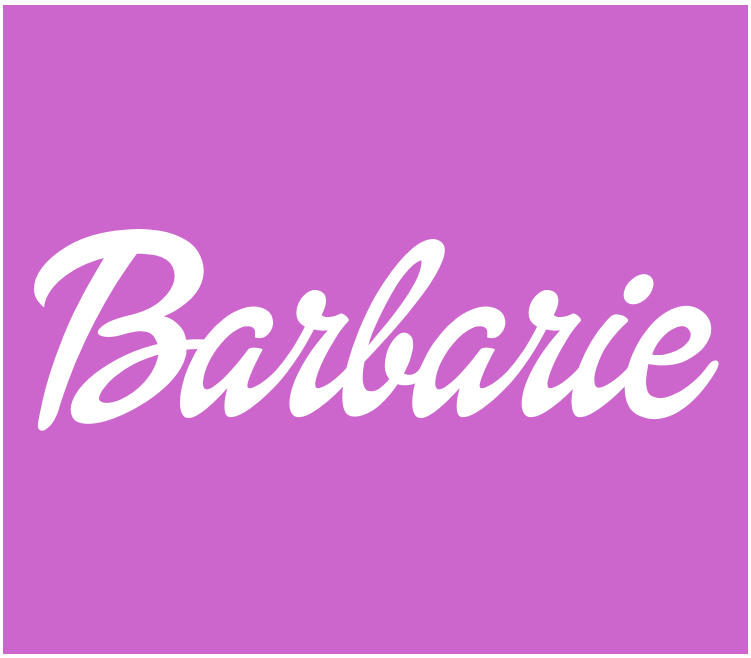


Ilustración por *Bogotart*

Nota. Y si este virus nos hace sentir inseguros más allá de las "inevitables" víctimas del progreso económico, es porque, precisamente, no hemos sido lo suficientemente dignos frente a la divina economía del capital: no hemos sabido subyugar y explotar al otro como para hacernos de una aceptable morada en la cual pernoctar a resguardo de la pandemia.

*Reconocemos lo problemático del uso metafórico que se hace de los animales para señalar los vicios humanos. Esperamos que con esta nota al pie se nos perdone esta vez, pues la liberación, sabemos, ha de ser también animal.



Ilustración por *Don Perro*

¡Cantan!

No hay pudor
en censurar la palabra,
ni en obligarla a dibujarse
como triste ocaso

¿Regresarán acaso?
Acechanzas del miedo por venir
ahora que nada queda
¿y cómo nada?
Pues nada,
porque se ha perdido todo,
y todo a medias

Todo
menos la jaul(...)a

La triste pena
por saber bien de estar encerrados,
pero cabalgando al miedo furioso,
y uno con la bestia infundida hasta la médula

No seremos ya
ni bala de cañón,
ni la parvada de aves que asustada
se fuga

Puede que regresen
y que quieran ser reyes como siempre
pero nuestra era verá al oro en sus coronas
hacerse líquido

¿Y en dónde quedaron
las orquídeas doradas
y sus alas de cera?
Caerán en picada de regreso
y sus carnes saborearán
cómo se hiela el hueso
Ni depredador
ni presa

se llevaron el azul y negaron la vida.
Supieron apuñalar nuestra espalda

-Tic, toc (...)
Tic, toc-

se entreveran y retuercen
las líneas del eterno;
es que el tiempo no corre
sino que camina
y el silencio no regresa,
si nadie grita

La pobre historia cóncava
se quedó sin cantores y sin mis cumbias;
y esas voces de que nunca cantarán solos,
porque no regresarán

Ya nos hicieron la bestia en faena.
Aplausos, flores y sin telón.

Allí se pierden muchos,
precisamente donde no se sabe
si es preferible saber u olvidar

Siempre tan inoportuno,
imposiblemente querido olvido,
plateado dios,
a la arena en Girón te sigo;
princesilla mía
¿dónde dejaste tu corona?
¿No la estarán masticando los muertos?
Dime tú, la de curvas invisibles,
de esas que suelen parir guerras
¿sabes que cantan los muertos míos?

Quizá regresen,
o tal vez no lo hagan

no estaremos esperando,
pero sí sabremos ser quien saca provecho
de la quietud y la calma del desespero,
antes de que estalle a gritos el sueño

¿En dónde diablos
nuestros sueños?
Tal vez allá en el monte,
la aguapanelita caliente,
y en las suelas comidas
por suelos cocaleros.
Hay quien no tiene que regresar
si verdaderamente no se ha ido

(...) ¡Juro que los escucho!

No a gritos de desespero,
maldichas las causas
Qué desdicha esta vida mía
y de las noches en vela

velero.
mi pobre
-Pero naufragó

¿Que qué cantan en lo profundo?

Lo que pasa es que ahora
que todo se resume
al desenfreno de la quietud,
el ayer también carga sus calles vacías

Es que el silencio es tan sabio
como insoportable,
solo porque su voz es
la de un niño

Y se ha descubierto hoy
que la jaula no es el miedo.
Es su ruido,
tanto ruido,
de frágiles verdades

Ay, soberana,
en tus jardines
nuestros muertos
y esos abismos que ya van contando
veinticinco mil monedas

por cada tumba
sin flores

Pero en lo profundo
cantan nuestros muertos
con tararás los tambores
para quien renunció a su reino
y dejó hasta la luz con veneno.
Y ese azul que a esta hora
antes nos colgaba del entrecejo al firmamento
porque dios se ha ido
y las monedas de oro en su largo sueño

Cantan en su tumba,
una sola tumba para cientos.
En este siglo de las nuevas monarquías
una corona te hará reina de nuevo

¡Oh princesita mía!
perdona si se enciende todo en fuego,
pero la lengua ya no es de piedra,
ya no tendré que cargar
la llama en el pecho

¿Dónde habrá quedado el cielo?
-No importa-
Todo lo que tenemos es este suelo.
tus selvas, princesa mía.
tu verde campo y tu cielo

Sé que lloras, princesa mía,
lloras tú y lloran mis muertos
¡que sus tumbas defiendan la vida!
Que cada voz sea todo un pueblo

Claro que cantan, reinilla nuestra,
cantan vida
vida
cantan mis muertos.

Por *Elías Fernando Rusinque*



Ilustración por *Agonía*



Ilustración por *Paula Rivas*

La *lógica* del turista CONFI(N)ADO

Por *Escolia*

La economía es un estilo político. El estilo nace de las convenciones instauradas por la base cultural de cada territorio, pero cuando la globalización propuso un estilo alterno de movilización, pocos razonaron sobre la sombra que contenía esa luz innovadora creada por la nueva humanidad intercomunicada, internáutica.

El estilo de vida de un turista consumista se pone en tela de juicio con el ejercicio de la supervivencia elemental ante una crisis progresiva que no tiene una respuesta política. La política del turismo y las fronteras dan paso a que la economía se expanda o se contraiga. Se afirma que el contagio de una enfermedad proviene de un turista infectado. Hoy todos somos turistas, incluso en lo que antes era denominada "nuestra" tierra. A Colombia llegó el virus por turistas españoles, que a su vez fueron contagiados por otros turistas, y así va la pandemia cuyo origen se remonta a China.

¿Qué hacer ante una crisis pandémica? Si el fin justifica los medios, el confinamiento es un medio eficaz para evitar la expansión de la pandemia y las consiguientes muertes. Su finalidad es servir a la salud y a la vida. No obstante, el fin puede no justificar los medios. Si se complica la cuestión de lo individual a lo colectivo, la pérdida de libertades fundamentales coacciona a que siga el estado de alarma como único medio para hacer positivas medidas de aislamiento que dan seguridad sanitaria. Si el fin justifica los medios se podría decir que precisa de una ética situacional.

Un turista confi(n)ado no está de acuerdo con tal intervencionismo intrusivo del Estado y le parece que no hay razón suficiente para efectuarlo (más allá del despliegue de su estilo político consumista). La medida es medianamente efectiva pero no basta para implementarse desde el punto de vista pragmático. El desbordamiento de los sistemas sanitarios tiene soluciones alternativas y tampoco es un argumento contundente para tomar las medidas adecuadas ante una crisis colectiva, sobre todo si se refiere a un país como Colombia que no tiene el presupuesto adecuado para la normalidad sanitaria ni para ninguna normalidad. Cuando el fin no justifica los medios se piensa en la calidad de individuos que son fines en sí mismos. Si los medios anulan la autonomía civil "por su propio bien", entonces indican que no creen que la ciudadanía sea capaz de usar su autonomía de modo correcto sino que necesitan ser dirigidos como niños.

"Si los medios anulan la autonomía civil "por su propio bien", entonces indican que no creen que la ciudadanía sea capaz de usar su autonomía de modo correcto sino que necesitan ser dirigidos como niños."

Si eso es así, ¿Qué legitimidad tiene la ciudadanía en tanto representados? Pues lo son por un uso muy limitado de su autonomía política en forma de voto que, si se refiere a un país como Colombia, se estima la aprobación gracias a la santísima corrupción (madre de todas las desavenencias incriminatorias de un sistema defectuoso). Si el turista confi(n)ado va más allá en su lógica, hará hincapié en el espectro meramente práctico, reitero. La pandemia es un problema obtuso porque puede y tiene muchos matices con lo que puede funcionar diferente en ciertos modelos estratégicos de otros países: en Colombia no. Inevitablemente habrá un número significativo de enfermos y de muertes en los países no confinados, al menos al principio, como sucede, por ejemplo, en Suecia con respecto a los otros países nórdicos.

Si bien no se conoce a cabalidad el virus, tampoco se tiene un demonio de Laplace que pueda cotejar con certidumbre la conclusión si el fin justifica o no los medios. Acudir a la coerción como recurso puede parecer algo forzado. Requeriría en todo caso de una justificación de peso mayor, como sería quizás una pandemia igual o más devastadora que la de 1918 cuando la movilidad no era un estilo de vida cotidiano. También habrá que tomar en cuenta que ciertas medidas son únicamente efectivas si se ejecutan con eficacia y con la sincronización adecuada. Como ya lo decían los romanos, *la ocassio* (ocasión, divinidad mitológica) es calva de la nuca, porque si no se coge de frente al momento de pasar ya no se podrá capturar por detrás. En otro escenario más mesurado (aunque también cuestionable) un confinamiento parcial se podría imponer solo a las personas mayores de 60 años y con enfermedades susceptibles, con lo cual se acota ampliamente el grupo más vulnerable; así lo asumió Colombia luego de sus vecinos se lo ordenaran.

Todo esto no es una postura definitiva o categórica, pero sí cuestiona seriamente que se consideren necesarias unas medidas con poco criterio, como el del Estado Colombiano, para sumarse al pánico global que revela un "efecto bandwagon" que surgió para aplicar el confinamiento como medida pertinente. Porque cuando apenas China o Italia lo habían hecho en diversos medios se categorizaron como medidas "draconianas" o extremistas (aunque China fue más radical e intrusiva, a Italia también se le imputó lo mismo). Después, cuando la mayor parte de los países afectados lo hicieron, resulta ahora para Colombia que es normativa necesaria. El otro eje que ha influido en esto es la gestión de la OMS y otras organizaciones de la salud. Al respecto solo se

Ilustración por Bogotart

mencionará que es fácil que los colombianos incurran a dos trampas asociadas: el sesgo del experto y los argumentos de autoridad que sutilmente imponen la política del miedo y, de esta forma, los argumentos *ad nauseam* normalizan todas las medidas.

La posibilidad de que el virus haya sido inoculado deliberadamente como un acto de bioterrorismo o como un accidente de laboratorio no cambia lo que está sucediendo. Más vale que se sopesen estos temas tanto en lo individual como en lo colectivo, porque es solo cuestión de tiempo para que lleguen crisis más fuertes debido a la globalización o a la fuerza económica del sistema. Y Colombia, acostumbrada a las crisis, solo hará lo que le digan sus vecinos "menos crisiados".

La gestión biopolítica mundial es deplorable desde hace mucho tiempo. El *fatum* sacude con solo un aperitivo de su poder y expone lo mal preparada que está la sociedad, no solo colombiana sino en general. Se padece de una corrupción crónica que solo parece ser curada a punta de silenciador y a puerta cerrada, es decir, confinada por la política desde antes de una pandemia.

Si el fin justifica los medios, hay que oponer autonomía política de la sociedad civil y binomio: o seguridad sanitaria o libertades fundamentales. Si se advierte que al sacar de la ecuación la variable de la libertad se expone un panorama meramente pragmático en el que, aun suponiendo el no interés de comprometer la libertad, las consecuencias del confinamiento masivo pueden ser desastrosas a mediano y largo plazo. Sobre todo en Colombia, donde un salario mínimo debe alcanzar para la manutención familiar. Es de considerar incluso un factor aún más importante y decisivo: la constricción excesiva de libertades individuales en el nombre del "bien común" que viene siendo un atentado contra la razón y dignidad, pero que al parecer en lo interactivo no se tiene cuenta o no lo hacen saber explícitamente. La única excepción sería un caso muy extremo en el que fuese realmente una necesidad evitar un gran desastre.

En Colombia el desastre nació con ella. La corrupción y la violencia se busca negar invisibilizando por todos los medios la verdad que se vive día a día. Siempre habrá razones para dudar de los criterios e intenciones del Estado. Además, la población colombiana es demasiado infantil (o no le queda de otra) cuando busca una cura alternativa para la Santa Madre Corrupción, pues siempre el Estado dará a todos dulces de negación o soldaditos de plomo, creando así un estilo de existencia confinada políticamente a perpetuidad. Y si Colombia apostara por una estrategia como la sueca (lo único que ha prohibido son las reuniones de más de 50 personas) entonces al turista confi(n)ado (sería ilógico, demasiado ilógico), mientras se muere de hambre, le toca obedecer a los vecinos. Lo que siempre ha hecho Colombia es adorar a la santísima Corrupción y a sus nobles profetas en cualquiera de sus tierras o de sus crisis. Se debe buscar muy adentro para poder resolver algo así.



Ilustración por *Classico*

CONSUMO DE SUSTANCIAS *psicoactivas en cuarentena*

Por *Échele Cabeza*

Si usas drogas regularmente, estas pueden ser una fuente de satisfacción muy importante para ti, pero, como siempre, existen riesgos y daños asociados a esta práctica. Es normal que en situaciones de estrés tus ganas de consumir se incrementen. Por esto, es importante que en días de aislamiento y soledad tengas muy en cuenta:

- Busca diferentes opciones para calmar tu ansiedad: aprovecha el tiempo para leer un buen libro, escuchar tu música favorita, cocinar, trabajar en algo pendiente, desempolvar tus juegos de mesa, organizar tus espacios en casa, beber una aromática o infusión, etc.
- Organiza tu tiempo y las tareas que debas cumplir, y no olvides quedarte en casa si puedes.
- Mantén tu rutina de consumo; no aumentes tus dosis por el aislamiento preventivo o cuarentena.
- Divide las sustancias en pequeñas dosis. Esto te permitirá identificar fácilmente cuándo estés consumiendo más de lo usual. Tomar té de coca e infusiones pueden ayudarte a mantenerte y estar activx sin ansiedad.
- No te excedas en el consumo de bebidas como el café y el té negro. Procura evitar las bebidas energizantes (podrían aumentar tus niveles de ansiedad en medio del encierro).
- Si tienes gripa o síntomas, lo mejor es que te aísles y no compartas los mismos espacios con amigxs o familiares con afectaciones de salud o que estén en tratamiento retroviral. Monitorealxs y mantén constante comunicación con ellxs.
- Si eres usuarix de sustancias psicoactivas, tienes VIH y te encuentras en tratamiento retroviral, lo aconsejable es no consumir todos los días. Debes tener precaución con sustancias como popper, cocaína y MDMA. El MDMA genera inmunosupresión, es decir, una disminución de la respuesta inmunológica del organismo.
- Si te abasteciste de sustancias psicoactivas, no acabes todo en los primeros días, racionaliza las sustancias. Recuerda que los *dealers* también se encuentran en cuarentena. No te arriesgues a comprar a desconocidos o en ollas.
- En el caso del cannabis, no consumas porros que ya vengan pegados. Si los compras así, te recomendamos despegarlos y volver a armarlos con un cuero o papel nuevo.
- Procura no fumar encerrado en la casa. No fumes porro todo el día. Dosifica la cantidad.
- Si eres consumidor de heroína u opioides intenta abastecerte de metadona por 2 semanas para la abstinencia.
- Si consumes habitualmente cocaína u otros estimulantes (tipo anfetaminas o MDMA) ten en cuenta que el consumo de estas sustancias en el encierro de la cuarentena podría aumentar tu ansiedad.
- No bebas alcohol todos los días y evita las fiestas en casa.
- Asegúrate de tener condones a la mano.
- No consumas SPA delante de los niños.
- Cada vez que quieras consumir piensa de 1 a 10 ¿cuánto lo necesitas? Pregúntate si existe otra forma de calmar esa ansiedad. Podrás evitar el consumo o aumento del mismo.
- Práctica ejercicios de yoga, relajación y respiración. Haz algo de actividad física en tu casa.
- Mantén una dieta rica en verduras, frutas, vitamina C y proteínas.
- Si has estado de fiesta y consumiendo demasiado, el aislamiento es la oportunidad para bajarle al consumo, darle un respiro al cuerpo y desintoxicarte un poco.

Hacemos un llamado a que te solidarices con las personas que no tienen hogar o un lugar donde refugiarse. Si puedes, bríndales alimento y abrigo. Ayúdalos a encontrar un hogar de paso o centro de ayuda.



Ilustración por *Toxicómano*

EN COLOMBIA CURAN EL coronavirus

Por *J. Samir Rivera R.*



Fotografía por *Jeimi Villamizar*

Lo que emociona de la pandemia en Colombia no es la visibilidad de la pobreza, ni la desigualdad entre capas sociales, ni menos cómo los políticos aprovechan la crisis para acumular riquezas y favorecer a sus copartidarios. Todo ello estuvo en Colombia antes de la crisis, hace parte de la realidad compartida que algunas personas llaman normalidad nacional. Lo que emociona es observar cómo las verdades autoproclamadas de las instituciones caen a pedazos ante la capacidad del virus de colapsar las ideologías y creencias del país.

El coronavirus desnudó las pretensiones e intereses de las instituciones religiosas y políticas. Por un lado, el mundo observó que los alivios metafísicos no contienen el virus ni con la más ferviente oración y, por el otro, la sociedad escuchó que las afirmaciones de instituciones oficiales no son coherentes con la realidad. Tanto sacerdotes, imames, pastores, ortodoxos y creyentes comunes aprovecharon la conmoción mundial para empalmar los prejuicios personales con el coronavirus. Se difundió en medios de comunicación que el virus era castigo divino por el ejercicio de prácticas impuras (carnales) de la humanidad. El virus acaba con los pecadores que practican sexo por un orificio diferente a los orificios de placer establecidos por la religión; a esos, a los pervertidos de orientación sexual no normativa, el virus los quiere contaminar. Nada más alejado de la realidad.

En Colombia sucede algo particular. A pesar que

el país se considera libre pensador en temas religiosos, políticos y sociales existe algo en común que los enlaza de manera poderosa: creer en la salvación cuando Dios aparece en la rama de un árbol, en un charco de lodo o en la yema de huevo de la changua mañanera. El fanatismo religioso cubierto de miedo invita a creer en lo absurdo cotidiano y a su vez, desplaza el pensamiento lógico-racional de los métodos científicos. La ciencia se desplaza para dar espacio a un pelo que se encuentra en la biblia y que hervido elimina el coronavirus. ¡Por favor!

La dimensión de lo absurdo religioso se manifiesta en sus colores más vivos frente a la realidad que exige medidas contundentes contra una amenaza viral que no le teme a Dios. Si sacerdotes, que son vicarios de cristo en la tierra, se han muerto de coronavirus ¿Qué puede esperar usted al ser siervo de cristo? La respuesta es nada. Lo único que puede hacer es lavarse las manos, mantener distancia en lugares públicos, evitar desplomarse por la resurrección del señor en su vientre bajo. Lo anterior significa que el pensamiento mítico-supersticioso abunda en las entrañas de Colombia. Así lo nieguen, la religión es un meme andante.

Pero no solo el fanatismo religioso es expuesto en la escala de la superstición y del engaño, también la política contribuye a la indignación por la desigualdad fabricada durante los últimos periodos presidenciales. El coronavirus hizo visible lo que miles de personas gritaban en las calles: *¡No se coman el presupuesto para la educación y la salud! ¡No inviertan tanto dinero en guerra!* El presidente Iván Duque durante las alocuciones presidenciales se esfuerza en presentar balances positivos sobre la respuesta del Estado frente al coronavirus. Se esfuerza en tranquilizar al país que se encuentra en medio del miedo. La oratoria discursiva sobre un país que debe ser empático y solidario queda deshecha cuando políticos hacen su trabajo: persuadir, maquillar presupuestos, acumular dinero y decir en medios de comunicación que lo primero es la crisis nacional.

La moralidad de los políticos es tan inusual como el país donde habitan. El margen de lo bueno y de lo malo no encuentra punto medio, ni siquiera el axioma "trata a los demás como quisieran que te tratasen" funciona bien para ellos. Sí las líneas morales en la política son difusas, entonces imaginen el grado de hipocresía y falsa empatía que generan cuando se refieren a los ciudadanos que conforman la sociedad en crisis. El presidente Duque lamenta que los médicos mueran atendiendo a pacientes enfermos por coronavirus, pero no inyecta presupuesto a la salud, no revisa la Ley 100, se ausenta con recursos de bioseguridad y, encima, decreta que deben prestar servicio obligatorio si la situación empeora.

"Héroes sin capa" enuncia en su discurso, pero también héroes a los que le deben cuatro meses de sueldo, héroes que trabajan con los mínimos recursos. Sí, la financiación de la salud y de la educación fue destinada a la guerra. Por esa razón Colombia no está a la vanguardia de lo que exige la crisis: educación digital. La pandemia mostró un lado de la desigualdad que nadie tocaba: los pobres no pueden acceder a internet, si podían comer en el día era un logro para la especie. Ahora, sin computador, sin wifi, sin agua, sin jabón, sin comida, sin salud *¿Cómo pueden salir de la brecha que ha expuesto la pandemia?*

> **"La moralidad de los políticos es tan inusual como el país donde habitan"**

Algunas personas dirán que es posible aplaudir desde la ventana a esos héroes de la supervivencia, otras dirán que se mueran porque en Colombia sobreviven los productores. Solo algunos serán empáticos con los pobres de la mano de obra que por las mañanas beben aguapanela y que luego les trabajan a los patrocinadores empresarios del gobierno Duque.

Hasta aquí, lo visible de la pandemia es el interés de los gobernantes en ubicar al capital financiero sobre la vida del colombiano promedio. Es el egoísmo de la supervivencia frente a la capacidad de asumir como desechable la vida humana.

Tal vez, el discurso de unión empática de políticos en noticieros sea una máscara que pretende controlar el pánico de las instituciones que colapsan. Intentan evitar que los colombianos vean las grietas generadas por las prácticas políticas que compraron votos y callaron bocas. El coronavirus mostró la fortaleza del fanatismo religioso en varias regiones del país, hizo visible que Dios no es un alivio metafísico cuando depende de la religión y de sus fines lucrativos.

Lo mezquino del humano se refleja cuando quiere y necesita sobrevivir. La selección natural señala que el organismo que se adapta es el que sobrevive, sin embargo, otra cara muestran los comportamientos: el organismo egoísta prevalece cuando se aprovecha de los otros. En las aristas de las actitudes humanas es posible añadir la estigmatización a otros seres y especies cuando la seguridad biológica propia es amenazada. Lo anterior conlleva a un conservadurismo puro, a un acatamiento fiel de la norma, a la vinculación obediente con el gobierno colombiano.

El miedo en Colombia por el virus, aunado a la inestabilidad de las instituciones, a la corrupción en ellas, organiza un ambiente de depredación donde lo importante es sobrevivir así el otro esté muriendo. Los de arriba estigmatizan a los de abajo, mientras tanto los de abajo lucharan porque en ellos hay fuerza de vivir. Ellos proclaman: "Si no nos mata el coronavirus, nos mata el hambre" pero lo que ellos no saben es que los políticos desde hace varias campañas electorales los estaban matando poco a poco.



Ilustración por *@espejo.ai*

Cuando venga la muerte

(canción en La menor)

Cuando venga la muerte,
cuando la asfixia indomable se cuele
por el minúsculo espacio de un soplo,
voy a tocar tus piernas
permitiendo que el deseo se cierna
sobre tus deseos, sin que se pierda
el silencio.

Cuando llueva metralla
voy a esperar que pidas que me vaya
para que luego cambies de opinión
y con todo tu cuerpo
me abraces sin temor, cumpliendo el sueño
de amarnos mientras cae el universo
a pedazos.

Cuando suenen las bombas
voy a arrastrar mis labios por tus hombros,
voy a escuchar los gritos desde el fondo
de las casas en ruinas,
por las vidas perdidas,
por las almas caídas,
por las manos heridas
y vacías.

Cuando enrojezca el cielo
voy a apretar tus muslos con mi pecho,
voy a intentar hacer lo nunca hecho,
fusilarnos unidos
ignorando los ruidos,
encerrarnos e irnos,
darnos todo y morirnos
y reírnos.
Cuando la muerte venga
vamos a recibirla.

Cuando las balas pasen
por mi espalda desnuda,
pasarán por la tuya.

Ahora es que reímos
al tiempo que morimos y
que nos consumimos
sin castigos.

Por *Manolo W. Culmier*



Ilustración por *FOTOSGRAFOS*



Fotografía por *@alejocalderon*

Una mirada a la esperanza

Por Contador de Historias

Actualmente nos enfrentamos a un escenario que había sido impensable, pero que ha permitido a las personas estar consigo mismas durante un buen tiempo. Para muchos esta realidad presenta obstáculos, impaciencia e incluso frustración frente a lo que ven y oyen cada día en los medios de comunicación; mientras para otros es una oportunidad para conocer quiénes son y, de paso, ver qué y quién mueve al mundo.

Este es un momento propicio para formularnos preguntas, para pensarnos una medida que no solo devuelva las personas al mundo, sino el mundo a las personas. Uno de aquellos momentos de la historia en donde se podrían definir los grandes cambios, los grandes sucesos que determinan, positiva o negativamente, el futuro de la humanidad. En este sentido, deberíamos cuestionarnos qué ideales queremos que sobrevengan con el tiempo, es decir, qué clase de seres humanos queremos formar.

¿Qué tanto debemos esperar para hacernos con el poder que tenemos dentro de nosotros, el poder de cambiar nuestras circunstancias?

Si queremos reafirmar esa fuerza que permita construirnos, primero debemos volver a las preguntas fundamentales: ¿para qué nuestra existencia? Las verdades que creemos como absolutas resultan ser grandes mentiras replicadas desde la ignorancia. Hay que desaprender, nos guste o no la idea. Es necesario empezar desde allí para escribir nuestra historia sin trabas ni mentiras piadosas. Y recordar que siempre tenemos el poder de elegir en qué convertirnos, esto es, decidir de qué manera vivir nuestra existencia. Volver a la vida es volver a ver los colores de ella como tan estremecedora nos pueden conmover: hasta las fibras más íntimas de nuestro ser.

Nuestra *praxis* puede estar dirigida a la vida o a alimentar la malicia, el ego y demás aspectos nocivos del *ser* que solo provocan sufrimiento y estancamiento a nivel de la consciencia. Es tarea del humano restaurar el *ser* y la conciencia para que el mundo y el universo puedan celebrar que aún estamos aquí.

En este sentido, es necesario descubrir en qué somos buenos para saber con qué podemos empezar a promover el cambio. Volvernos artistas de nuestra vida y hacer arte con sus colores. Podemos empezar por dejar atrás nuestro ego acercándonos al silencio; o simplemente por leer aquellos libros de los que nos hemos atiborrado como adornos de estante. Hay que aceptar las cosas sin tontas vanidades.

Ante tal situación creemos que puede surgir una sociedad con un enfoque y una forma de ver la vida distinta. Con mirar a nuestro interior podemos reconocer que queremos que dicho cambio suceda. Es el momento de demostrar que se pueden cambiar las cosas cuando todos cooperamos. Suprimir la tendencia a pisotear al otro con acciones individuales y egoístas para que el ser humano redescubra que la bondad es valiosa, que luchar por un nuevo mundo es posible. Un mundo en que recuperemos lo que nos hace humanos: la capacidad de sentir el dolor del otro como si fuese nuestro. Es posible si podemos reconocer que todo en este mundo se conecta y ahora vibra bajo la misma sensación: un imperativo de cambio.

Somos seres poderosos y adaptables a los cambios. Confiamos en que nos haremos más fuerte con esta situación.



Ilustración por *Vegaleiva*

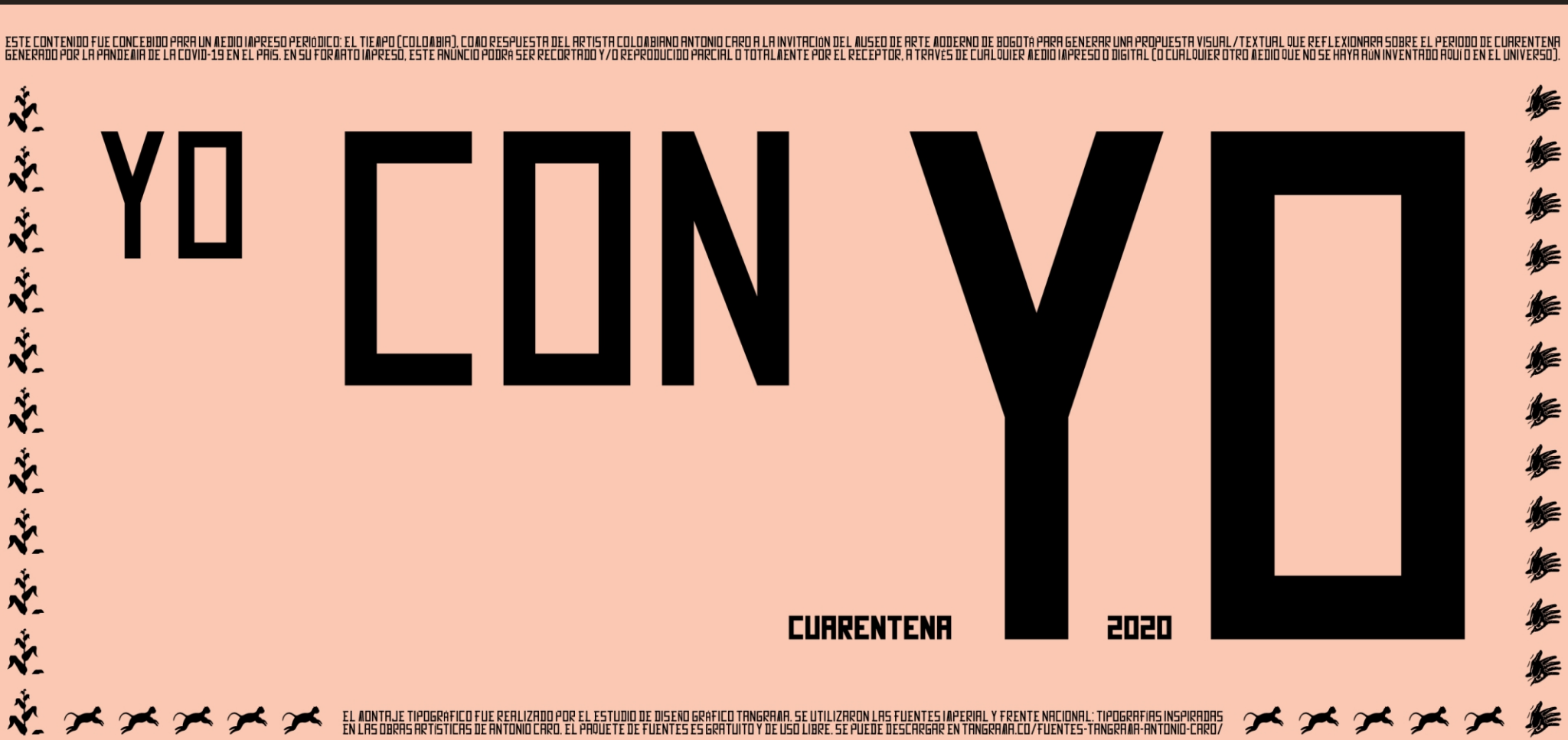


Ilustración por *Antonio Caro*

Una carta de Caro a Nadie



Fotografía por *Jeimi Villamizar*

Cordial saludo. Gracias por invitarme a participar en la *Revista Nadie*.

Estoy en Bogotá pasando la cuarentena, solo, en el apartamento de un amigo que salió de la ciudad. Soy afortunado. Estoy en un lugar amplio, cómodo y lo primordial: tengo alimentos. Intento, dentro lo posible, mantener un horario para las comidas y el dormir, pero, a veces, la cabeza o el cuerpo amanecen caprichosos, díscolos y se quieren dispersar... Hay teléfono fijo y tengo un sencillo aparato celular. Hablo con mi hermana y unas cuantas personas más. Para las llamadas establecí una norma: ni pocas, ni muchas. En el apartamento hay un buen computador, pero no puedo acceder a Facebook; soy parco con Internet. He descubierto el valor esencial de los alimentos y me complace prepararlos. Al lavar ollas, platos y ropa encuentro un momento de agradable distracción. Veo regularmente un noticiero y con alguna frecuencia el "programa" del presidente. He visto algunas películas de Cantinflas; las he apreciado, me han divertido y por un momento me han hecho olvidar esta difícil situación.

Estoy leyendo simultáneamente tres libros y todos los días leo unos párrafos de cada uno de ellos. Las llamadas y los mensajes de personas que me manifiestan su cariño y la preocupación por mi situación me han alegrado, reconfortado y, literalmente, me han llegado al alma. He salido al mercado, y en la calle, en general, he percibido a la gente más amable. ¿Será que más allá de lo político y lo social empezamos a reconocernos como especie?



Fotografía por *Jeimi Villamizar*

No pienso en nada trascendente. Cada día es un tesoro y solo pienso en cada día. Tengo dos cosas claras: primero, que soy un privilegiado. Hoy, los marginados de siempre, están sufriendo aún más. Esta coyuntura es apocalíptica y sus consecuencias serán inconmensurables. La coyuntura ha puesto de manifiesto algunos de los graves problemas estructurales de Colombia: el servicio de salud, la justicia y lo carcelario, los desplazados, la economía informal, etc. Ante la situación, el Gobierno Nacional, los gobiernos departamentales y los municipales tienen que tomar las medidas adecuadas y necesarias, y ejecutarlas bien.
Lo segundo, son cosas que me molestan.

- La omnipresencia de la imagen amable, católica y bonachona del presidente. Ojalá no olvidemos que detrás de esa imagen está la persona que objetó a la JEP.
- El juego de la señora primera dama a ser "Evita Perón" y sus costosos paseos para repartir mercaditos.
- El afán, la ostentosa y no tan desinteresada búsqueda de protagonismo de empresas, entidades y personajes. Yo también lo hice (periódico *El Tiempo*, edición del 10 de mayo); espero que lo "chistosito" de ella me salve.
- Los edulcorados mensajes de "quédate en casa"; exceptuando los mensajes sobre los protocolos de higiene, de prevención, los montajes audiovisuales de todo lo pertinente a la pandemia

Sé que afuera de la "jaulita de oro" en la que estoy, el país sigue igual o peor: el asesinato sistemático de los líderes sociales, los venezolanos y sus dificultades, la caída de los precios del petróleo, etc. Todo ello agravado por el vandalismo y la violencia que está generando la crisis. Afortunadamente hay manifestaciones de esperanza, silenciosas, sin intereses ni protagonismos como la de mi amigo Fernando, un artista que gracias a pequeños apoyos reparte mercados en Bogotá y, por qué no decirlo, personas como ustedes, las de la *Revista Nadie,* que contagiadas de optimismo trabajan para que el pensamiento libre viva y se comparta.

Atentamente,
Antonio Caro.

Polombra

[Intervención de una obra de Antonio Caro]



1.ª EDICIÓN

JUNIO DE 2020